

M863.4 D636 (P)
12 [down] cuentos polvos



7523

CUENTOS
POLVOS

M863.4
D636
(P)
Ej. 1 (7523)
Bib. No. 1

ENCUADERNACION
MOSQUEDA

XICOTENCATL 38 TEL. 30-66
SAN LUIS POTOSI

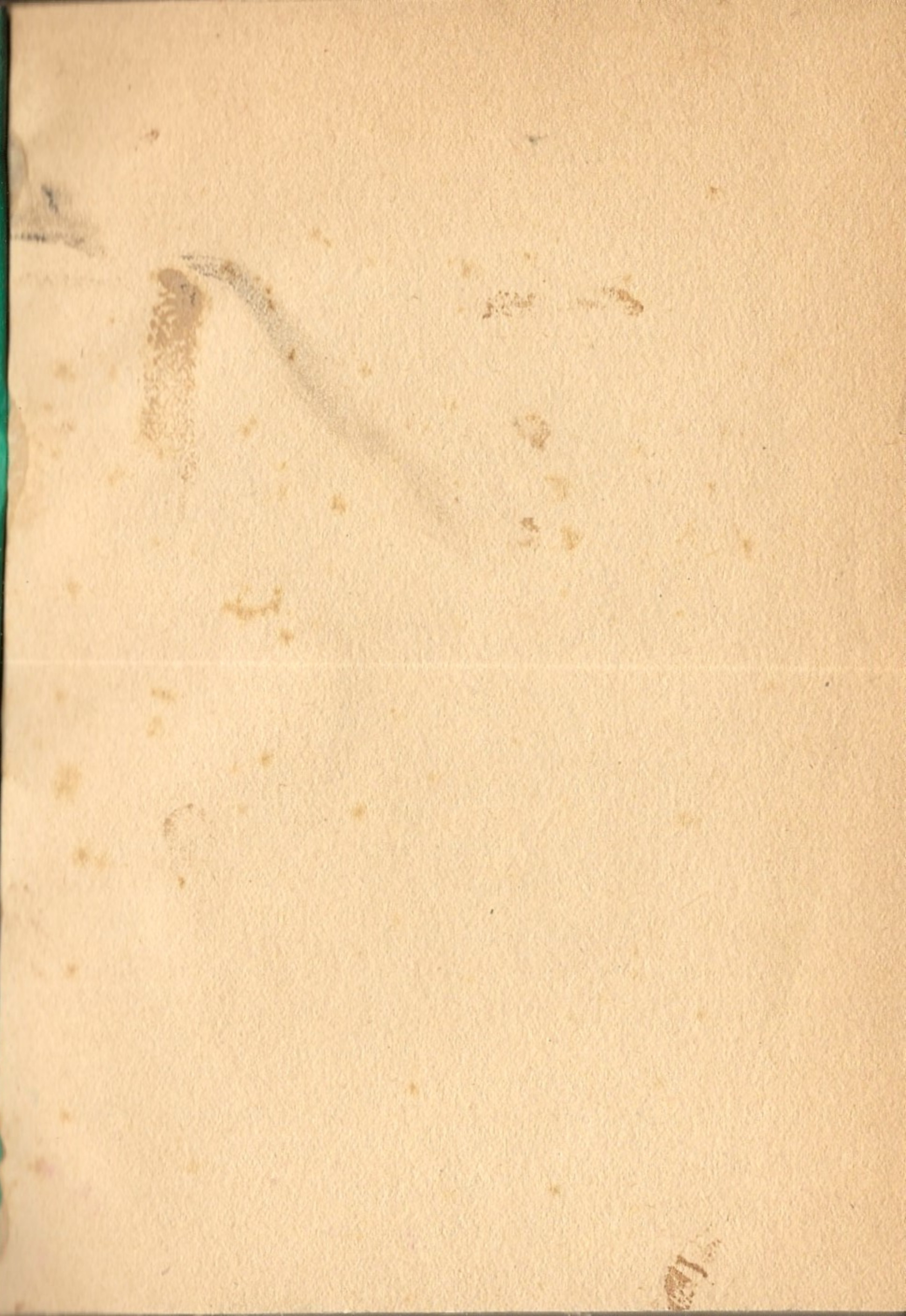


ENCUAD

MOS

XICOTENCA

SAN LL



12 Cuentistas Potosinos Contemporáneos

12

Cuentistas
Potosinos
Contemporáneos

*Al desfilado de
torreados y fusos
cruzados, con Bar
Rodríguez con tod
goma.
papelito.
Jesús O'Brien
Potosí, 14-8-59*



BAJO EL ANGULO DE LETRAS POTOSINAS

y

ASOCIACIÓN DE ESCRITORES, ARTISTAS Y PERIODISTAS

SAN LUIS POTOSÍ, S. L. P., MÉX.

1959

M863.1
D636
(P)

Viñeta de Luis Chessal

Prólogo



CENTRO

DE INVESTIGACIONES
LINGÜÍSTICAS

DE
SAN LUIS POTOSÍ
A.C.

BIBLIOTECA

1523

LOS doce escritores aquí reunidos sólo tienen en común escribir cuentos entre 1930 y 1958 y considerarse originarios de San Luis Potosí. Algunos de ellos como Jorge Ferretis (1902), Jesús Goytortúa Santos (1910) y Miguel Álvarez Acosta (1907), han tenido una actividad significativa en las letras mexicanas y, aunque han dado contribuciones más cumplidas y abundantes en otros géneros, su aplicación al cuento debe considerarse desde los años de treinta, en que revistas o periódicos dieron al público sus primeras aportaciones y tiempo después, respectivamente, libros como: *El surquema* (1937), *El jardín de lo imposible* (1958), *Pausa breve* (1946).

En otros casos, los autores que esta vez aparecen como cuentistas se hicieron conocer antes dentro de otras disciplinas tales como la crítica, la investigación, la poesía. Ejem-

plos de esto son el poeta y crítico Jesús Medina Romero, el investigador Rafael Montejano y Aguiñaga y la poetisa María Amparo Dávila. Es difícil saber si la incursión en el terreno narrativo es puramente accidental, si por el contrario en el cultivo del cuento han hallado su verdadero camino o, si paralelamente a sus otras actividades literarias continuarán produciendo cuentos.

Lo cierto es que no son ajenos a las tareas literarias aun los más jóvenes o los que recién han decidido publicar. Desde los libros, la cátedra, las agrupaciones culturales o el periódico enderezan sus esfuerzos en favor de la difusión y profundización de la cultura y especialmente de las letras.

Si se intentara clasificar a estos cuentistas por los temas que tocan, se vería que predominan los que siguen la tendencia llamada realista ceñida a los problemas nacionales: la situación rural, la injusticia social, la pervivencia de supersticiones, las viciosas prácticas dentro de la religión, las lacras burocráticas, etc. En menor grado se da el estudio psicológico, la recreación fantástica, la presentación de situaciones ajenas a nuestro medio ambiente y la discusión acerca de las relaciones humanas.

Buena parte de los cuentistas aquí incluídos viven fuera de la provincia, incorporados, desde hace años, al ritmo

intelectual de la Capital. Los que no han salido están atentos a las novedades de dentro y de fuera del país. Por esta razón no hay diferencia específica en temática y desarrollo entre los cuentistas potosinos y los cuentistas mexicanos.

La variedad en temas y el aprovechamiento de nuevos métodos técnicos que aquí son visibles, provienen del auge extraordinario del género en los últimos años apreciable en todos los núcleos de población donde hay inquietud intelectual.

Aunque el número de autores sea mínimo, la selección no siempre presente lo más acabado de la producción de cada cuentista y el grupo no sea homogéneo en calidad, tendencias, edad, persistencia en el ejercicio narrativo, etc., el autor va a mostrar, en el aparente desorden de estos cuentos que no forman en manera alguna, antología, ciertas cosas interesantes: adelantamos ya la tendencia realista con la intención decidida de arrojar alguna luz sobre aspectos desconocidos de la vida y costumbres del país o acerca de modos de convivencia que se podrían suponer totalmente superados. En lo que se refiere a la resolución de los temas, se advierte cómo en una proporción muy alta, se usa la ironía. A veces es la referencia discreta a situaciones o resoluciones inesperadas distorsionando la secuencia lógica de los acontecimientos; otras, es la ironía aguda y despiadada la que sirve de sustentación a todo el cuento y le confiere un humor fatalista y desilusionado.

No hay duda de que si el asunto es por sí mismo apasionante logra sin dificultad capturar la atención del lector, transportarlo a su ámbito haciéndolo partícipe de su contenido emotivo. Sin embargo, es deseable el equilibrio entre el fondo y la forma, entre lo que se dice y la manera de decirlo. Y, en este aspecto técnico, se observa aquí que es casi constante el desarrollo lineal, la relación y ampliación anecdótica sin atención especial para la elaboración artística. Se persigue el efecto antes que la recreación; la documentación y la solución antes que la estructura o la realización de un ambiente. El desarrollo sigue generalmente la forma tradicional; el interés de la pequeña historia ocupa la parte medular, como si eso sólo fuera lo importante. El cuento, ciertamente, se entendió por mucho tiempo como un ejercicio o como un alarde. Su categoría literaria, en nuestras literaturas, no estaba bien definida y las limitaciones en espacio se hicieron extensivas a las innumerables proyecciones que en estos años son ya una realidad. El cuento bien construido es aquel que trasmite una sola impresión, que es sugestivo, trabado armoniosamente en todas sus partes, y cuya finalidad no se reduce exclusivamente a entretener al lector gracias al talento narrativo que lo crea, sino que a la vez, produce en él un placer estético y estimula su imaginación.

En el presente libro no abunda la técnica novedosa, pero no está excluida del todo. Y, en la preferencia por los

métodos tradicionales y el manejo de elementos bien conocidos como en el caso de los cuentos de ambiente campesino, en los de costumbres o en los psicológicos, hay sobriedad en el estilo y en el tratamiento, de manera que se mantienen en un nivel de dignidad muy apreciable, salvo alguna excepción en que aparece el estilo verboso y recargado.

Por lo que se ve, algunos de los cuentistas que aquí se consignan, continuarán en su sitio como maestros en el arte narrativo; aquellos que no son suficientemente conocidos, podrán apreciarse en función de los primeros y, entre los más jóvenes seguramente se revelarán en poco tiempo verdaderos valores, pues la factura de sus cuentos, el ángulo tan personal por el que ven su mundo, sus preocupaciones de tipo estético; su trato continuo con la literatura moderna, y sus experiencias personales, los colocan en sitio privilegiado para entender mejor la realidad que sus ojos ven y su sensibilidad intuye.

MARIA DEL CARMEN MILLAN

Hombres
Químicamente
Puros

jorge ferretis

ES profesor de química, y gana un sueldecillo. Tiene cuarenta años y poco pelo. Ya le fulge el cráneo por entre unos cabellos tan

tenues, que hacen pensar que si se quitara el sombrero durante un ventarrón, quedaría mondo. Es magro, como corresponde a un hombre que no escapó en su infancia de la anemia, ni en su adultez de las metafísicas.

Parece que su mano vuelve sedosa su piochita, en fuerza de acariaciarla.

Lo que maneja con mayor cuidado son sus espejuelos, que asegura a su oído derecho con una cadenilla dorada. Si un día le cortasen la oreja de ese lado, le originarían un problema de mal gusto, pues él ama las leyes de la continuidad. Y eso de no tener, de pronto, donde atorarse el alambriillo de sus lentes, le resultaría tan inconcebible como un Saturno sin anillo o como un paraguas sin empuñadura.

Su cocinera, apareciendo a las siete de la mañana por la puerta de su habitación, llevándole los buenos días y un par de calcetines remendados, le parece digna de compararse con la Osa Mayor. La Osa también, en su minuto exacto, asomará por el mismo rincón del Universo, sin distraer un sólo día.

Y sin embargo...

Una tarde, el profesor había suspirado ya tres veces. Solo, en su casa, con las manos cogidas por detrás, paseaba frente a un estante lleno de papeles polvosos.

En pantuflas, sus pasos de badana eran tan imperceptibles como el profundo roer de las polillas (aquellos millares de seres ínfimos que vivían bajo su techo, nutriéndose con su inteligencia. Es decir, royendo y royendo los fajos de sus manuscritos guardados en el estante).

Semanas atrás, aquel hombre tan silencioso había notado que le nacía una inquietud. Mala yerba en el huerto intelectual de un filósofo en pantuflas. Y se dio a la tarea de introspeccionarse, perdiéndose en el limbo de las ideas turbias. Pero por su ventanal, que daba al mundo, se filtraban ruiditos claros:

—...no, bárbaro... no me beses... en la calle... —suplicaba una vocecita de mujer en tono de calandria.

—¿Por qué, Cariño?— preguntaba, gruesa y dulce, la voz del hombre. Miel ronca.

—¿...no te da... vergüenza,

—No...

(A veces, los profesores son tan curiosos como cualquier vecina. Como que sin curiosidad no habría ciencia. Modalidades del mismo impulso: la comadre se pone a espiar por el ojo de la cerradura, mientras el sabio curioseaba por el ocular del microscopio, a ver si los microbios se besan).

Desde su encierro, aquel hombre con anteojos apartó el visillo de su ventana. Por el lado de la calle, casi todo lo cubrían las enredaderas. Y allí, como si en fragancia pudieran esconderse, estaba la parejita besuquera. Ya hablaban tan bajo, que no se les oía. A plena luz del sol, la muchacha se retorció laciamente, sujeta de los brazos por unas tenazas calientes que eran las manos de su galán. La gente, mucha gente, pasaba por la acera, y los veía, y un poco los turbaba.

El profesor, sonriendo, dejó caer el visillo. Y con su opaca sonrisa se retiró musitando:

—Ahora comprendo porqué los enamorados sueñan el Paraíso. No es por la vegetación, pues que para eso anhelarían la Huasteca. ¡Piensan que en el Paraíso no habría mirones! Los únicos curiosos serían algunos monos, una serpiente proxeneta, algún león aburrido y otros animaluchos incapaces de contar lo que vieran. Porque hasta las

cotorras serían prodigios de discreción, ya que en las épocas paradisíacas, aun no aprenderían a decir "Este pico es mío".

Siguió sonriendo; y sin importarle desperdiciar algo de materia gris en cerebraciones humorísticas, continuó:

—El único chimoso, sin embargo, sería algún arcángel haragán. Y más odioso que un gendarme de barrio, volaría a informar al Padre Eterno. Este, según su bíblica costumbre, "montaría en cólera". Y ya montado, tronaría: "¡En este parque no se permiten esas cosas!"

El profesor iba a seguir divagando grotescamente, pero la puerta del estudio se abrió y pudo ver el rostro alarmado de su cocinera y ama de llaves.

—Señor, ¿qué le acontece? Ha dejado pasar la hora de la comida.

—Ah, sí, sívala; sívala.

Y fue a sentarse a la mesa, todavía con una vislumbre de sonrisa en la boca.

Por la noche soñó a la mujercita aquella que gemía dulcedumbres y que forcejeaba entre los brazos de su dueño.

El profesor lo esperaba todo de la ciencia: sueldo, salud, temperamento. La química biológica transformaría ge-

neraciones futuras. Los médicos del porvenir serían especialistas de ingenieros biólogos.

Leía y releía un recorte de periódico que informaba sobre el descubrimiento de la "Tethelina". Píldoras de glándula pituitaria, milagrosas: a los enanos o tontos por deficiencia orgánica, los regeneraba, haciéndoles crecer los huesos y aclarándoles la mente.

Sabía que el miedo se origina por deficiencia de la glándula suprarrenal. Entonces, bastaría con una droga que actuase sobre la tal glándula, para producir valientes a voluntad. La Secretaría de Guerra debería preocuparse por enseñar esto en el Colegio Militar. Que los estrategas no sólo conozcan el territorio nacional con sus cordilleras y sus repliegues, sino que también sepan escudriñar los humanos riñones. Podrían preparar batallones de héroes.

Ya rejuvenecen los viejos sin que tengan que venderle su alma al diablo. Voronoff, menos extravagante que Melito, sólo les ha pedido cincuenta mil francos. Ya los farmacéuticos corrigen a maridos ebrios y desobligados, con más eficacia que los sermones: les recetan unos polvos, y no vuelve a vérselos dando traspiés. Hay elixires para que las señoritas hipocondríacas olviden los versos, y les entren las ganas de casarse con el tendero de la esquina.

Pero entre bromas y veras, él, charlando a veces con sus alumnos por los corredores de la escuela superior, los hacía entrever un mundo más desconcertante todavía: las cárceles iban a convertirse en grandes talleres de reparación humana; y no estarían lejanos los tiempos en que cualquier

mortal pudiese ir a una botica y pedir cinco gramos de pudor, medio kilo de buena voluntad, y lo vuelto de esperanza.

Pero he ahí que, aparte imaginaciones, el maestro acabó de introspeccionarse. Y advirtió que los gérmenes de su inquietud, eran de origen amoroso.

Sí, un filósofo cuarentón, por filósofo que sea, necesita mujer. Sus carnes magras laten también, cuando el viento trae risas y quejumbres de hembra gozosa.

Cerca de su casa, hay una iglesia. Y muy temprano, un repiqueteo de taconcitos hace música en la acera. Mujeres de todas edades apresúranse a misa. Abundan las jovencitas de andar menudo; recatadas, frescas, ariscas.

¿Por qué serán las mujeres las que más aman a Dios? ¿Serían igualmente devotas si el objeto de su culto fuera una diosa? El profesor hace memoria: durante la Revolución, vio chusmas de "alzados", que traían en sus sombreros imágenes religiosas. Pero todos aquellos creyentes calzados, preferían vírgenes, santas, para que los librasen en las balaceras. ¿Hasta las cosas del alma tendrán que oler a sexo? ¡Quién sabe!

Y de tanto pensar en tales cosas, y de tanto oír taconcitos de mujer repiqueteando por la acera, él, una mañana de domingo sintió ganas de rezar.

La Química no impide creer en Dios. El fue creyente, de niño; pero ahora... quién sabe...

Ah, y el amor. Sí, le faltaba compañía. Debe ser muy sabroso reír; reír porque sí. Y tener quien escuche lo que se va pensando.

Sí, él quisiera una mujer; tenerla allí, aunque no le hablara en mucho rato. Pero sentirla allí, cerca.

También le gustaría tener un sillón grande, de esos en que se puede pensar, y estudiar, y hasta dormir.

De la iglesia, las mujeres regresan visiblemente tranquilas. Siempre será confortante tener a quien pedir lo que necesitamos, aunque no nos lo dé. Las mujeres tienen a Dios para pedirle; y después de Dios, a los maridos.

El profesor quisiera rezar, pero no recuerda oraciones. Además, necesitaría un rezo digno de su nivel científico. Y empieza, como es de rigor, levantando los ojos al techo.

Y dice:

—Señor... no estoy seguro de que existas. Las mujeres afirman con tal énfasis que las amparas, que entre duda y duda, lo racional es rezarte. Señor, yo necesito una compañera y tú, que otorgas tantas mercedes, no me vas a negar lo que acaso hasta te estorbe: una mujercita que arrodillada desde algún rincón, a la luz de alguna lámparita, acaso en este mismo instante estará incómodamente, pidiendo y pidiendo matrimonio. Me hiciste una mitad de la existencia. Complétame, Señor.

Por aquel día no dijo más. Sombríamente fue a la

percha, tomó su sombrero y salió a ambular un poco por las calles.

Pero a la noche siguiente, el apremio siguió:

—Ojalá, Señor, pudieras concederme aquella rubia que sabe reír como manantial. Sí, aquella. No importan sus escotes tan amplios. Yo la arroparé, yo la arroparé. Y ojalá también merezca yo que me concedas la silla mecedora. La gran mecedora, para que yo divague en el portal, con mi mujercita rubia sentada cerca, tenue.

Pasan varios días, y el profesor, escéptico, no deja de rezar:

—Si no te fuese dable, o no estuviese en tus designios conferirme a la rubia, me gustaría también aquella morenita silenciosa, inteligente, que asiste a mi cátedra. Sí, es silenciosa y dulce como un cactus sin espinas. Me hace falta, Señor.

Su sirviente, alarmada, ha dado en espiarle tras de las cortinas de su estudio.

El, con la terquedad de un buen devoto, días después sigue rogando:

—En fin, si aquella morenita silenciosa estuviera destinada por Tí a otros fines, puedes darme cualquiera. Con venir de tus manos, sus pies bendecirán esta casa.

El profesor sale a dar unos pasos por el portal. Bosteza, y vuelve a su alcoba. Cada vez está menos seguro de que Dios exista, y bosteza más.

A la siguiente noche llega cansado. Deja en cualquier parte los libros que trae bajo el brazo. Ni siquiera se pone a pasear por el corredor, sino que se queda unos instantes untado de espaldas a la pared. Va a sentarse, desmañadamente, en el viejo diván. Pero su postura es incómoda. Se alza nuevamente. Y, desde el centro de la habitación, exclama con cierta amargura:

—Por último, Señor, si es que destinas al celibato perpetuo a este resignado siervo tuyo; si no tienes mujer que concederme, cuando menos otórgame el sillón.

Su ama de llaves, que estaba espiándolo tras las cortinas, no se contiene ya y asomando la cabeza dice:

—¡Parece usted mujer, señor!

Y se va.

El profesor queda perplejo unos instantes. Pero como buen científico, antes de irritarse con su sirvienta, medita: en verdad; es característico de las mujeres pedir, pedir, pedir. Con razón las que no tienen marido, van mucho más a la iglesia. Y los hombres, cuanto más desvalidos, más devotos también.

Pasa un mes, y allí está la mecedora, en el portal! ¡La pagaré en abonos, pero allí está!

En cuanto a la compañera, quizás a él sólo le hace

falta necesitarla más. ¿La Química? Fomentar la función de ciertas glándulas. Audacia en grajeas.

Y en materia de religión... llama a su criada. La mujer entra secándose las manos en su delantal.

—Oiga, Ruperta, ¿usted cree en Dios?

—Cómo no he de creer, señor! Pero no en ese Dios de los pediches, que dizque hace regalos. Y a los pobres pediches les va como a los hijos de familia, que todo esperan de sus casas. ¡Y acaban de limosneros!

Ella quiere seguir doctrinando, pero desde la cocina se oye un chirriar de manteca quemada, y corre:

—¡La sopa, señor, la sopa!

El profesor queda más preocupado. Tiene razón Ruperta: nos hace falta un concepto de Dios, menos femenino. Un Dios que no dé nada; que se le ame porque sí; que no convierta en "atenidos", a sus devotos. ¡Es lista Ruperta!

Y no es ningún adefesio. Cuando se acaba de bañar, huele bien.

Sigue paseando, con las manos colgadas por atrás. Le brillan los ojos, y por primera vez siente que le golpea el pecho cada sístole, cada diástole.

Por la noche, duerme mal, pero amanece gozoso. Y

con ánimo tan nuevo, y tan audaz, que hasta se afeita la plochita leve en que por muchos años remató su rostro. Se ve un poco raro.

Y a la hora del desayuno, le parece advertir que aquella lindísima Ruperta ya no tiene la voz tan áspera.

—Mire, señor... le hice estas rosquitas de manteca.

Unos instantes de silencio. El se atraganta, no sabe si con rosquitas, o con su retumbante corazón.

A los dos les relumbran extrañamente los ojos.

La Mojina

jesús r. alderete

LA gallina de mi cuento no era ni la sombra de aquella gallina de los huevos de oro. Aquella fue leyenda absurda, creación medioeval hija de trasmutaciones dislocadas. Mientras aquella tuvo entrañas de metal y su oviducto, como cerbatana, arrojó al nido enormes pepitas de su tesoro, mi ejemplar tenía huevera auténtica y era toda ella da carne y pluma. Además, la gallina de los huevos de oro no tuvo un dueño menesterozo; su propietario fue un judío cuya avaricia hubiera sido capaz no sólo de agotar la vida de un volátil, sino el mismo calor solar.

Mi gallina no tiene leyenda, porque una gallina corriente no puede ocupar la fantasía de quienes gustan hartarse de quimera; los caballeros del ideal no gustan loar a tan cobarde animal; la cobardía no es de gentiles que llevan espada y chambergo. Un avicultor capacitado no en-

contraría en ella las excelencias de raza alguna; ni cresta de rubí, ni patas amarillas, ni abdomen combado, sería un fracaso rotundo en cualquier exposición; pero... ¿en dónde encontré este ejemplar?... ¡ah!, si... en una casa pobretona y vulgar. Todos los días por encima de una barda carcomida por el salitre la veía, la veía fea. Era zanca, de oscuro plumaje y de ojillos africanos; su cresta era un moretón, un golpe contuso; el cuello era sencillamente ridículo, tan largo como un sermón de cuaresma, tan flaco como una longaniza. Sin embargo, formaba parte del harem de un gallo chaparro y espolonudo, cantador y sarnoso. Estaba confundida entre cerdos gruñones, entre burros estoi-cos, entre conejos libidinosos, entre perros de baja alcurnia con títulos de duques y sultanes.

Gustaba por las mañanas rascar sobre estercoladuras, picotear en las paredes, correr tras alguna mosca. Como buena fea, tenía su gracia, cacarear. Era en verdad una delicia oír la graznar; no era el graznar del que tiene la barriga llena, sino el barrunto de la anunciación, la señal inequívoca de la postura. En un ir y venir desesperante buscando mullido lecho, tomaba briznas y popotes arrojándolos con tiento a un punto imaginario; buscaba la sombra que escondiera ya su habitual parto. Entonces sus ojillos tomaban un poco de brillo y su cresta parecía azulencia. Cacareaba y cacareaba con tesón hasta enronquecer.

—¡Escandalosa!, gritó tía Juana!

No sé porqué guardas tantas consideraciones a esa pue-

ta que traga maíz y no rinde producto, arguyó duro y ta-caño don Néstor.

—Déjate estar que un día de estos le tuerzo el pescuezo y la mando a la cazuela, replicó la matrona.

La mojina callaba (y sobra decir que por miedo). Hasta cierto punto, la llamaban infértil y glotona; pero... eso... ¿qué importa?...

Con ser pobre aquel hogar, no se puede decir en rigor que el producto de una gallina mermara el presupuesto ca-sero; un simple huevo no pesa en la balanza económica. Pobre y todo, había lo suficiente para dar de comer a los niños y parásitos que los menestrales se imponen; al gato remilgoso que perdió sus instintos de felino y no quiere alimentarse con carne endiablada de ratones, a los perros que por su título sólo apetecen filete, a la cotorra estúpida que rompe los oídos con su charla en re mayor, a los gorrones alemnados que cantan en falsete y tiñen de amarillo sus cuellos.

Una torcedura de pescuezo es cosa muy grave y muy a la mano; pero a la mojina no le inquietaba. Después de todo, eso sería su triste final.

En la casa contigua doña Nicha se lamenta de los tiempos y de la situación; envuelve su cabeza en una jerga y se cuida del aire, del aire que agrava la punzada que le

aqueja. Frente al fogón que arroja humo áspero y sofocante, ordena a su hija que sople y atice. Su hija, la Emilia, es una damita en botón; con otros trapos sería más que bella, hermosa. Lo dice a las claras su tez morena, el pelo color de obsidiana, el talle grácil, los ojos cuyos destellos se atenuaban en la sombra de unas pestañas caídas.

Doña Nicha confecciona las tortillas del día; golpea la masa, moja unciosamente las manos en el agua de una cazuela, después aplaude y tira el disco en el comal, ante los ojos irritados y llorosos de la pequeña. Doña Nicha quedó viuda hace mucho tiempo y atribuye su desgracia a la Revolución. A Santos, su marido, le dio por la milicia y cansado de la tiranía se fue con D. Venustiano a la guerra y como a la guerra fue, en la guerra se quedó.

—Hija, mira si la gallina pasó, ordena doña Nicha.

La mozuela de los ojos negros y de la cara morena espía hacia la pared frontera.

—¡Mamá!, exclama, la gallina se asoma.

—Pues déjala, no la espantes.

El cacareo sigue rumboso en el corral vecino. La mojina se asoma impaciente por un agujero hacia la casa de doña Nicha. Asoma la cabeza, vacila, se cuela al fin. Allí cerca está el nido que nadie puso y que ella formó, un cán-

taro rajado que luce todavía el bermellón de la cochura. Allí está la sombra que busca, la que ha de ocultar su íntima verdad y la indiscreta blancura de su huevo. Sigilosamente voltea y camina; franquea la boca del cacharro y de un brinquito se mete. Lo encuentra cómodo, confortable. Se echa y describe círculos en cuclillas, se arrulla con voces entrecortadas y ledas. Al filo del mediodía sale discretamente y como de puntillas; llega de nuevo al solar donde la llaman glotona e infértil.

La mozuela grita.

—¡Mamá! ¡Mamacita!, ya puso.

Doña Nicha recibe la nueva con una sonrisa y ordena con ademán de gran señora se lleve el producto de contrabando a la tienda del abarrotero Fabián.

Fija de antemano el precio de la mercancía.

Doña Nicha ya no se queja ni de la punzada ni del tiempo ni de la situación. La postura de la Mojina le trajo bonanza y el simplismo de la pobreza que se resigna con poco. Está alegre, contenta. Bendice a Dios por costumbre y a la Mojina por rendido agradecimiento, por su limosna, por comprensiva, por el negro café que tanto gusta a la mozuela y por la parafina que las alumbra en las noches siderales y profundas de su integral miseria.

Ultimo Sol

(Para don Jorge Adalberto Vázquez)

jesús goytortúa

REGRESO lentamente a la ciudad cuyos terrados se amontonaban tras las frondas de La Tenería. El verano agonizante

empurpuraba la planicie; la arboleda que rodeaba al Santuario empezaba a clarear y quedaban visibles los altos muros sobre los que pasaban los tordos. En la fundición las chimeneas humeaban entre los taludes. La tarde se desvanecía; el aire, bajando de la cordillera, llevaba olor de pinos.

Leonardo Rocas se detuvo al oír las campanas que anunciaban el rosario. Ya en la mañana, al despertar en el hotel, se había emocionado al escuchar los bronces y había visto al pasado armarse de todas sus piezas y sostenerse en el espacio como una columna de polvo en baile con el viento. El atardecer daba a las campanas mayor nostalgia. Leonardo, reconoció la grave llamada de San Juan de Dios, el bajo de San Agustín, el son agudo de la Compañía, evocó su infancia, cuando su inclinación poética no

era sino tristeza; y su juventud, la primera, herida por el anhelo de lanzar íntimas voces.

Cuarenta años de ausencia lo hicieron un extraño en su ciudad y temió, al regresar, encontrarla nueva y lejana, desligada de los años en que la vio señorear los yermos, la fría tierra del altiplano. Siempre la añoró. En el destierro que le impuso el servicio diplomático, el recuerdo de sus calles angostas, de sus huertos callados, de la alameda rumorosa y despierta; de su aire helado por el fin del día, de su misa de once, de su silencio cortado por el pregón del aguamiel, lo siguió y se deslizó en sus versos.

—Tú me ignoras— le dijo a la pequeña capital, cuyas cúpulas surgían entre las pinceladas de verdura. —No conoces al poeta que no supo ganarse los aplausos. Expresé mis deseos y mis congojas en versos satinados, nocturnos, orgullosos; aborrecí las arengas, las hipérboles, las imprecaciones, la frase resonante y el grito colérico; tuve asco de entregarme, de ser fácil a la memoria. Fui lejano y altivo. Y tú, mi ciudad natal, fuiste mi maestra de lejanía y de altivez. No supe presentarme en tus juegos florales, ni cantar tu nombre ni tus torres, tus jardines ni tus mujeres: y sin embargo, en cada verso mío se posó tu sello.

Reanudó su marcha. Las chimeneas seguían humeando entre los taludes. Caía un aguacero de hojas en la calzada por la que pasaban mujeres con el cántaro en la cabeza, perros vabagundos y mendigos ciegos, friolentos y abrumados.

Las bestias salvajes— meditó Leonardo, acercándose a la Caja del Agua, que elevaba en un arriate sus flancos

decorados con aules de piedra —cuando se sienten heridas mortalmente, buscan su viejo cubil. Yo me siento morir y he vuelto a ti, mi ciudad. La vejez me encuentra ignorado hasta el punto de que mi nombre, en el registro del hotel, no ha provocado la atención. Soy un hombre como tantos otros, un viejo sin parientes y sin hogar, al que nadie espera. No me desconsuela mi soledad. Mis versos fueron lo que quise fueran; dije mi mensaje y no son culpa ni pesar míos que se haya disipado en el vacío. Y he encontrado estas antiguas piedras, mis campanarios, mis calzadas polvorientas, toda mi ciudad, para en ella concluir un viaje sin destino.

Sintió su amor por la villa crecer cuando se internó en las calles sobre las que segaba infinitos la hoz de la luna. Reconoció la juguetería alemana, con su enseña desdorada en la que un viejo manejaba una cajita de música ante unos niños molletudos; la Pastelería de París, por toda novedad adornada con una fuente de sodas reflejada por los espejos mustios; la librería de las señoritas Silva, con su escaparate ocupado por novelas de Bourget; las estamperías, las amarillentas misceláneas, la botica de San Ignacio, entre cuyos locales fumaba un hombre de bigotes a la Kaiser. Se encendían las luces en las encrucijadas. Rocas vio a lo lejos la plaza del teatro, barrida por el viento; la fachada del Hospicio, los muros del Carmen y al fondo la oscura Alameda. En la Plaza de Armas charlaban los estudiantes y los niños corrían en velocípedos; el palacio de gobierno lucía sus ventanas iluminadas. Olía a boj, a gorditas de cuajada, a prados húmedos y cuando los fieles abandonaron la catedral, se esparció el aroma del incienso.

Rocas sintió su felicidad. Aquella vida era tal como la soñó. Al entrar al hotel y luego en su cuarto, se dijo que la muerte ya no le era temible, como lo había sido cuando se le presentaba en el destierro. Tenía deseos de besar las viejas piedras. Fumó un cigarrillo en el balcón. Cuando lo acababa, vio bajar de un automóvil a una mujer que al acercarse al medio siglo conservaba los despojos de una magnífica belleza. El cuello alargado, el mentón carnos, la nariz recta, los ojos amadrigados bajo una frente firme, atraían aun la vista, que finalmente anclaba en el aire de altivez, de incopiable elegancia, que dominaba al conjunto.

Ya ella había entrado al hotel y Rocas seguía pensando en la rareza del destino, que le daba la ocasión de conocer, cuando el último sol iba a brillar sobre su vida, a la mujer cuyo renombre lo deslumbró tantos años.

Clara Eugenia era una chiquilla cuando Rocas emprendió sus viajes. El había oído loar la belleza de la rica heredera en que finaba el linaje del fundador de la ciudad. Como Leonardo, Clara Eugenia se alejó de la callada capital. Educada en París, casada en Madrid con el conde de Alcira, residió en la corte.

Rocas, bajando a cenar, recordó su admiración por la condesa. Un retrato publicado en una revista, un artículo encomiástico, unas notas de sociedad, le habían permitido representarse a Clara Eugenia, mientras él era enviado a las capitales centroamericanas primero, a Viena y a Berlín más tarde y a Sudamérica después. La condesa era bella, era elegante, era compatriota y el desterrado la creyó en

vuelta en dorada almendra. Sólo hasta ahora, próxima ya la muerte, se veía ante Clara Eugenia. Sonrió con fatiga y se dijo que la vejez y su nombre de poeta ignorado, eran obstáculos peores que las antiguas distancias.

El comedor tenía una luz amortiguada. Rocas se había instalado apenas en un ángulo, cuando entró Clara Eugenia. La condesa se dirigió rectamente hacia él, que se levantó disimulando su sorpresa.

—He visto su nombre en la lista de viajeros— explicó Clara Eugenia, tendiéndole una mano sin sortijas — y no he querido perder la ocasión de conocer a mi poeta favorito.

Unos segundos, Rocas quedó paralizado por el asombro. Después se inclinó:

—Señora, en esta ciudad, sólo para usted mi nombre es el de un poeta.

—Lo comprendo— aseguró Clara Eugenia, hundiendo en él su mirada sin nubes. —No es poeta de multitudes; pero quienes lo admiramos, más bien lo adoramos.

El gozó del torrente de irresistible dicha que da la admiración de una mujer hermosa. Volvió a inclinarse. Clara Eugenia aceptó un asiento en la misma mesa y Rocas, junto a ella, luchó para vencer su turbación.

—No creí— dijo mientras ofrecía un cigarrillo —sentir a mis años un placer tan intenso. Disculpe al poeta cuyos dos libros, aparecidos el uno en Guatemala y el otro en Montevideo, han muerto antes que su autor.

—Dos libros que jamás se han separado de mí: "Silencios en la Umbría" y "La Floresta Mágica".

—Las palabras de usted despiertan en mi alma ecos que no imaginé existieran. No estoy habituado a saberme comprendido. Creí que mis versos no provocaban sino el tedio.

Clara Eugenia mostró en sus ojos el fulgor de una pasión apenas domada por los años.

—Habrá sido el tedio de los admiradores de las frases sonoras— replicó. —Pero no el nuestro, el de quienes hemos oído con delicia la voz, impregnada del misterio de la muerte y de la esencia misma del amor, que ha sido la de usted. Al leer sus dos libros hemos sentido, he sentido, el temblor que inspira la cercanía de los sitios sagrados. Todo lo que ha habido oculto en mí, ha surgido cuando sus versos libertaban los anhelos inexplorados e iluminaban los caminos perdidos. Recuerdo su poema de "La Floresta Mágica"— agregó, animándose, denunciando su íntima tensión por el temblor de su acento: —Sobre su floresta no se desataba el huracán, sino volaba el suspiro que marca el principio de la tarde. Así, sobre mi alma arrojaban sus versos no la tempestad, sino el aliento que me daba más libre respiración, la serenidad que hace hermoso el vivir.

Rocas dejaba arder su cigarrillo y escuchaba aquella voz transida de pasión.

—No se imagina cuánto sentí que como la mayoría de nuestros escritores, prefiriera usted París a la capital espa-

ñola, a la que me encadenaban mi marido y la corte. Usted pasaba sus vacaciones en Francia y cuando yo iba a París, usted se hallaba en camino de otras ciudades.

—Sí, debí haber ido a Madrid— confesó Rocas —pero me detuvo la repugnancia instintiva que Vasconcelos llama "el miedo a la orden superior".

La condesa apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Para conocerlo— dijo lentamente —ha sido preciso que me resolviera a vender los bienes que poseo en México y que para ello viniera a nuestra ciudad natal.

—Y que yo, previendo la muerte, me refugiara en el único sitio en que ella se me aparece amable.

Clara Eugenia estaba pensativa.

—Es curioso— dijo —que la previsión de la muerte haya venido a colocarnos, finalmente, en un tête-à-tête.

—La vida, ahora lo veo— dijo Rocas, con desencanto —puede merecer de mí el adjetivo de cruel. Yo que he deseado tanto conocer a la condesa de Alcira, soy lo bastante infortunado para realizar mi deseo sólo cuando la tumba se abre para mí.

Clara Eugenia rió con malicia.

—Deme otro cigarrillo— pidió. Cuando lo tuvo encendido, continuó: —¿Sabe que la única vez que coincidimos en París, usted no quiso conocerme?

La extrañeza enmudeció al poeta.

—Sí, usted en persona, usted mismo, Leonardo Rocas.

—Señora ¿puedo decir que tal afirmación es absurda?

—No es sino una pequeña y tonta historia, una historieta más bien y al mismo tiempo dolorosa herida. Tan dolorosa que ni los años transcurridos pueden hacerme decir que lo sucedido fue para bien. No soy de las que ven verdes las uvas que no alcanzaron. Usted pudo conocerme y no lo quiso.

—¿Cómo habría podido negarme a conocer a la mujer cuya imagen me acompañó en el destierro?

—Me daría rubor contarle este episodio que merecería el dictado de cursi, si no hubiese desembocado en desilusión. Se efectuó poco después de la publicación de "La Floresta Mágica". Yo sufría en ese tiempo. Mi marido me engañaba y mi suegra, dama de la reina María Cristina, petrificada en la etiqueta, imponía en mi casa una frialdad abrumadora. Usted se me apareció como un libertador. Sus versos me persiguieron hasta en los salones del palacio real. En esa primavera visité París. Paseaba en automóvil con la señora de Alcántara, la bella peruana que recibía a los escritores en la avenida Víctor Hugo, cuando oí a mi amiga exclamar con entusiasmo:

—¡Rubén Darío!

Me indicó al poeta, que caminaba en la avenida de las Acacias, en el Bois, del brazo de un hombre alto, varo-

nil, de aladares encanecidos, de altiva mirada. La señora de Alcántara me dijo el nombre del acompañante de Darío. El nombre era el de usted. Una ola de sangre me llegó a la cabeza. Después debo haber palidecido espantosamente, porque mi amiga me preguntó si me sentía enferma. Di cualquier pretexto. Y no pedí que usted me fuera presentado. No podía pedirlo, no era usted un hombre caduco, un maestro viejo, sino un hombre... ahora puedo confesarlo: un hombre fascinador. Era usted hermoso, Leonardo. ¿Existe algo más bello que un poeta bello? Cuando la señora de Alcántara me dejó en el hotel donde me hospedaba con mi marido, yo había perdido la libertad. Sentía dulce locura. ¡Cómo eran hermosos la luz, los ruidos, el movimiento, la vida! La vida, que me parecía presta a tomar un sentido nuevo y definitivo.

Me senté junto a un balcón y vi en el espacio fulgar la imagen de usted. Ni por un instante ignoré ni temí la verdad: yo amaba. Amaba a Leonardo Rocas. Todo moría y resucitaba en mí. ¿Habrá sido usted más amado alguna vez? Sólo mi inexperiencia cortó las alas a mi amor. Temí un galanteo de salón, un flirt cobijado por las conveniencias sociales; tuve miedo de las naderías y caí en las pobres argucias de las burguesitas y de las colegialas.

Le escribí una carta dándole una cita. No se admirará usted más de lo que yo misma me he admirado, de esa cita fijada en el parque Monceau. Unos años menos y lo habría citado en el Luxemburgo. Firmé: una admiradora apasionada.

—Nada recuerdo— murmuró Leonardo, procurando fi-

jar sus impresiones, que fluían a torrentes. —¡Usted me citó! ¿Pero no es todo esto una broma cruel?

—Lo cruel fue mi chasco. No le describiré el azoro y la esperanza que me agitaron cuando me dirigí a la cita. Tomé un taxi y lo dejé lejos del parque, al que llegué más temblorosa que lo estaban las hojas de los árboles bajo el viento de mayo. Creí morir mil veces antes de llegar al banco señalado en mi carta. Un viejo militar estaba sentado en él y me vio con gentil curiosidad; sospechó y, galante, se marchó. Esperé; me parecía no estar en París sino en un desierto barrido por ráfagas ensordecedoras. El miedo, el rubor, la impaciencia, el amor, me sacudían, me golpeaban, me destrozaban, quemaron mi corazón; empecé a ser la mujer de treinta años. Y usted no llegó.

—No llegué— dijo Rocas, inclinando su frente.

—Sufrí horrorosamente al regresar al hotel, pero no quise creer en un desdén, sino en el retraso de mi carta. Escribí una segunda y la firmé: Eugenia. ¿No recuerda esa carta?

—Eugenia... Sí, sí; recuerdo algo, como a través de una nube.

—Una carta desesperada, el grito de una mujer caída en el mar y que ve alejarse el navio que imaginó se acercaba en su auxilio. Y sospecho que fue una carta ridícula, sobre todo para el buen gusto de usted. El más hermoso sentimiento puede quedar en el papel como una atroz cursilería. Usted no llegó. Al abandonar el parque, cuan-

do en las aceras me fundí en la multitud, conocí la soledad que da el fracaso, la amargura del desdén recibido, la desesperación del amor al que se rompen las flechas. Al día siguiente volví a Madrid y ha debido esfumarse mi juventud, para que me haya sido posible tener una charla con usted, una charla que no se repetirá porque mañana, con el alba, dejaré la ciudad para jamás volver.

Sonreía, pero Leonardo no consiguió imitarla.

—Compadézcame— pidió, refrenando su pesar. —Siempre he estado solo y siempre he anhelado el amor que usted me brindó. ¡Y lo dejé pasar! Recibí su carta y ahora recuerdo cómo la abandoné sin sospechar su valor. Mis amigos, Darío, Nervo, Gómez Carrillo, habían tenido chuscas experiencias con citas que resultaban haber sido dadas por marchitas solteronas. ¡Pero su carta debió haberme quemado las manos!

—Y como no se las quemó— dijo Clara Eugenia, sin sonreír ya —no pude darme a mi poeta.

Se puso en pie, domando su emoción y tendió su mano, que Rocas besó en silencio. Se marchó y lo dejó en un torbellino de dolor. El mismo abandonó pronto el comedor y se encerró en su cuarto. Sentía sus entrañas colgadas de una escarpia de fuego. Se acostó pero no durmió un minuto. Había sido amado y había desdenado aquel amor. Una mujer había comprendido y adorado sus versos y él no había sabido responder a su llamada. Su vida, que le había parecido plena, se mostraba ahora defraudada.

No había vivido. Había vegetado y venía a saberlo demasiado tarde. Clara Eugenia iba a partir para siempre y él, viejo y solitario, arrastraría en la ciudad natal el arrepentimiento y la nostalgia.

Se levantó y fumó junto al balcón. El alba espolvoreó el cielo con su plata fina. En la catedral empezó a sonar una campana. Rocas se imaginó las panaderías abriéndose y arrojando el vaho del pan caliente; los niños levantándose para acudir a ayudar la misa, los jardineros tiritando en la alameda, en los paseos en que flotaba la neblina; las recuas saliendo de los mesones; las calzadas solitarias, el agua estremecida de las fuentes.

Oyó el zumbido de un automóvil que se apartaba del hotel. Comprendió: se marchaba Clara Eugenia. Temió entonces los años que le esperaban y tuvo miedo de la soledad y de la indiferencia de la pequeña capital; de encontrar en ella, cuando para él iba a brillar el último sol, no el reposo sino el tormento, no la paz sino la desesperación.

Del Montón

José C. Pérez

NECESITE para cierto asunto, probar ante un Juez Civil el origen de mi existencia y ocurri, por medio de un escrito, al se-

ñor Gobernador del Estado, solicitando una copia certificada del acta de mi nacimiento. A los ocho días justos recibí cumplida respuesta, en la que se me decía que para obtener la tal copia debería pagar lo siguiente: Por buscarla, tres pesos; por copiarla, dos pesos; por certificarla, diez pesos y timbres por valor de un peso diez centavos. Total: dieciséis pesos diez centavos, todo para que se tuviera por cierto que nací en el Cerro de San Pedro, que me llamo Simplicio López y que, por lo tanto, Diego López, ya difunto, era mi tío y, en consecuencia, tengo derecho a... Pero esos son otros López.

Encerré en un sobre timbres por valor de un peso diez centavos y quince pesos en billetes, enviándolos certificados al señor Gobernador, en cuyo nombre me había dado respuesta la Secretaría General, y un mes, dos semanas y al-

gunos días más tarde, aún no se me mandaba la copia que pedía, lo que ya me tenía impaciente y un tanto cuanto enojado, al grado de que platicaba aquel caso a todos cuantos me oían, y aun solía agregar un mes y semanas al tiempo que hacía que no me mandaban la copia, y un día que lo contaba a un grupo de amigos entre quienes se encontraba Pancho, muchacho que no me quiere por cierta jugada que le hice en los Estados Unidos y que relato en un libraco que, por fortuna para las letras nacionales, todavía no se publica, Pancho se me quedó mirando como con aire de lástima, y volviéndose a los demás, sin tomarme en cuenta, les dijo.

—¡Pero han visto ustedes mayor animal!... Sólo a un tonto como a éste se le puede ocurrir soltar los centavos sin tener la copia, y, sobre todo, andar con escrititos al señor gobernador. Tal como lo ven ustedes en asuntos civiles, ha andado siempre en cuestiones amorosas: manda a las muchachas cartitas con su mejor letra, en papel azul o color de rosa y con un corazoncito atravesado... ¡Qué bárbaro! ¿eh?... En tiempos como estos, recurrir a semejantes medios, ahora que el cine es un lugar ideal, en donde las muchachas...

Habló y habló cuanto quiso, en medio de la risa de todos; pero yo tengo resbaloso el lomo y muy delicada la nariz, motivos por los cuales me conformé con hacer coro a la risa de los muchachos, con la consiguiente desesperación de Pancho, que no lograba hacerme enojar, y ya al despedirnos, éste me siguió, se me encaró y me dijo:

—Dime para qué quieres la copia que has solicitado y, si me conviene, te ayudaré a obtenerla.

No quise decirle la verdad y mentí:

—Voy a casarme.

Abrió sus ojos saltones, me miró de arriba a abajo, sonrió con burla y frotándose las manos con regocijo, exclamó:

—Te la consigo.

—¿De veras? —le pregunté con júbilo.

—Sí, hombre, sí, y entre más pronto te amueles, mejor. Ahora mismo. Ven.

Casi me arrastró al Palacio de Gobierno, entre cuyos empleados cuenta con muchas amistades, por lo que entramos allí como Pedro por su casa. Decía una broma a éste, un chiste a aquél, un saludo al otro y llegamos en esta forma al Departamento de Archivo, en donde se dirigió al Jefe para decirle:

—Oye, manito: necesito que me saques luego una copia del acta de nacimiento del tipo este; pero luego, ¡eh!

—No vengas a... moler, —le contestó el otro. —No tenemos tiempo. Búscala tú si quieres y luego te sacamos la copia.

Pancho, que conoce aquel laberinto como a su propia casa, aceptó y me llevó consigo a un gran salón, especie de bodega, en donde se veían hacinados infinidad de bultos y papeles. Algunos estaban empaquetados con una tablita de cada lado, semejando emparedados, y en los rincones se

veían montones de legajos y de expedientes de todas clases, destinados, aparentemente, a la basura. Pancho se puso a buscar en un libro que para mí tomaba al azar, y con paciencia benedictina descifraba trabajosamente los garabatos, en tanto que yo me dí a curiosear en el primer montón de papeles con que tropecé y me entretenía en leer, a través de las telarañas y del polvo de que estaban cubiertos.

Decía uno: "Proyecto para construir la Presa X., presentado por el señor..." Otro: "Juan Martínez solicita condonación de contribuciones". Otro más: "El reo Z. pide indulto..." Eran muchos. Estaban allí revuelta la agricultura con la justicia, la ganadería con la instrucción pública. Había asuntos de Gobernación, de Fomento, de Guerra, de Hacienda, de Estadística; todo amalgamado, confundido, revuelto; y predominaban entre tanto asunto las quejas: había quejas por todos lados, de todas formas, de todos colores, de todos tamaños; muchas quejas: ya contra los vecinos, contra las defensas sociales, contra los jueces auxiliares, contra los presidentes municipales, contra los caciques, contra los comisariados ejidales. Puede decirse que aquel montón de papeles era una grande, una inmensa lamentación desoída, olvidada, muda, abandonada entre el polvo y las telarañas, roída por las ratas inmundas y confundida con planos, proyectos, folletos, decretos, informes, periódicos oficiales, propaganda electoral, retratos de candidatos y mil cosas más...

Así se tiene al pueblo, —medité— al pobre y sufrido pueblo. Ahogan su queja dolorosa con promesas y papel sellado, que luego se comen con fruición las ratas oficiales del Archivo General...

Pancho me llamó:

—¿Qué haces ahí, pedazo de bobo?... Vente, aquí está el acta de tu cochino nacimiento.

Antes de irme, tomé un expediente cualquiera, lo doblé y lo metí en mi bolsillo. Me dieron la copia certificada, por la que tuve que dar a Pancho otros cinco pesos, y ya en la casa ví el expediente que decía así:

"Queja del C. Pedro Gámez en contra del C. Demetrio Domínguez.—Poblado de X. Estado de... Enero de... tantos... Señor Gobernador de mi mucho respeto.—Palacio de Gobierno.—Señor Gobernador: Usté, que es como el padre de todos y que nos cuida como a sus hijos y que nos hace justicia, señor: don Demetrio Domínguez, que es el mandón aquí y que le tienen miedo todos, y yo, señor, también le tengo miedo, porque el otro día me dijo que le vendiera mi ranchito y yo le dije no se lo vendo, porque no quiero vendérselo, porque es la tortilla de mi familia, porque me lo dejaron mis padres, porque allí tengo mis animalitos y porque no sé más qué hacer que trabajar la tierra, y él, señor, anda diciendo que si no se lo vendo me lo quita y yo creo que sí me lo quita si usté no viene en mi ayuda y me hace justicia, porque es hombre malo y todos le tienen miedo; y yo quiero que cuando menos me dé una orden para decirle que no me moleste y que me deje tranquilidad para poder trabajar mis tierras. Espero pronta contestación aquí. Su servidor de mi mucho cariño.—Pedro Gámez."

Al margen hay un acuerdo:

"Transcríbese al C. Demetrio Domínguez para que informe".

Sigue la copia de un oficio en que se transcribió la queja al señor Domínguez, pero parece que éste no contestó porque en seguida hay este otro escrito:

"Señor Gobernador de mi mucho respeto.—Palacio de Gobierno.—Señor Gobernador: No le había escrito antes porque el Juez Auxiliar me metió a la cárcel y porque me golpió mucho don Demetrio, que dice que yo lo ando calumniando, y que si sigo dándole la queja, que me mata; que yo ya sé que puede matarme, porque es amigo de usted y que él se quedará con mi ranchito más que me pese. Y como usted no me da contestación, a mí me da mucho sentimiento de estar en desamparo, y mi mujer y mis muchas criaturas lloran mucho nomás de pensar en lo que me haga don Demetrio, porque como ya le dije a su mercé, es hombre malo; ya debe muchas cabezas y aquí golpea al que quiere y nadie le dice nada porque le tenemos miedo; pero usted, que es como el padrecito de todos y que peleó por la revolución de los pobres, dígame por caridad que no me moleste, porque yo no le hago nada y porque soy un pobre hombre que no hago daño y él sí. Y yo ya sé que él es hombre y yo soy hombre, pero tengo mucha familia, todos chiquitos. Por su mamacita le pido que me conteste pronto. Su servidor de mi mucho cariño.—Pedro Gámez."

Al margen hay este acuerdo:

"Que informe el Presidente Municipal."

Está a continuación la copia del oficio en el que se pidió ese informe, y luego la respuesta:

"...Tengo el honor de referirme al superior oficio de usted, en el que se me ordena informe sobre la queja presentada ante el Gobierno de su muy digno cargo, por el C. Pedro Gámez, en contra del C. Demetrio Domínguez, manifestando a usted que con toda oportunidad me trasladé al lugar de los hechos y de la investigación que efectué se desprende: Que el C. Demetrio Domínguez es un vecino progresista y trabajador; que militó en el movimiento revolucionario y que mantiene allí en actividad una pequeña fábrica de vino mezcal, en la que da ocupación a mucha gente, y que el disgusto del C. Gámez, se origina en que aquél ha pretendido comprarle un terreno baldío en el que existe maguey, necesario para la fabricación del vino; pero sin hacer ninguna presión, no obstante lo cual el C. Gámez ha hecho mucho escándalo, porque es enemigo del régimen actual y reaccionario de muy malos antecedentes. Los vecinos de este poblado han solicitado su expulsión, lo que hacen por mi conducto.—Reitero a usted, señor Gobernador, las seguridades de mi muy atenta y respetuosa consideración.—Sufragio Efectivo. No Reección, etc., etc."

Al margen hay este acuerdo:

"Transcríbese al quejoso".

Luego hay un acta:

"En el poblado de X., siendo las 8 ocho horas del día Z., el suscrito, Juez Auxiliar de este poblado, se presentó a dar fe de un cadáver que se encontraba en la Barranca de El Indio, y habiendo interrogado a algunos vecinos, Juan Palos, que vive cerca del lugar, dijo: Que es casado, veci-

no y originario de este poblado, de 27 veintisiete años de edad, mexicano y de raza indígena; que el día de la fecha, como a la una de la mañana, estaba espiando al coyote cuando vio que se acercaban unos hombres; que temiendo que fueran ladrones se escondió y que cuando pasaron cerca distinguió a uno que llevaban amarrado de las manos y lo empujaban; que el amarrado se quejaba y pedía que no le hicieran mal; que él no quiso intervenir por temor, y que al poco tiempo escuchó un grito y luego ya nada. Dice no haber reconocido a ninguno de aquellos hombres, pero que al muerto sí lo conoce: que es un individuo de nombre Pedro Gámez, propietario de "El Ranchito", terreno que se encuentra como a legua y media de este poblado, y que ignora los motivos por los que lo hayan matado. Habiendo interrogado a otras personas, nadie supo dar razón sobre quién pudiera haber dado muerte al occiso, y sí lo reconocieron como Pedro Gámez.—Doy fe."

También aquí se lee un acuerdo:

"Archívese".

Y era el fin del expediente. Al terminar de leerlo, pensé, con infinita tristeza, que no era más que uno del inmenso montón del Archivo General, y sin saber porqué se me crisparon los puños, sentí un nudo en la garganta y me bebí una lágrima de cólera impotente...

El Rucio

miguel álvarez acosta

A

PASO flojo y rendido, trastabillando, con la pelleja empapada de un sudor copioso, la cabalgadura de Arcadio Miguel iba trepando la cuesta empinada y tortuosa, escala de siglos cuyas lajas semejaban los peldaños de un teocali milenario, circuído de árboles frondosos y guarnecido de lianas y bejucos.

Aquella "recua" ya no daba el kilo; estaba vieja, cansada y pasmadísima del lomo; además hacía dos años que vivía de milagro, gracias al indio Arcadio que le guardaba honda gratitud, pero la pobre bestia estaba "asoleada". Una jornada de sol, mitad galope, mitad carrera le había dejado inútil para siempre; pero había sido necesario sacrificarle aquel día ardoroso de mayo en que la vieja se había puesto al morir y el médico estaba en el pueblo, a veinte leguas de caldeado llano. Corrió y corrió por toda la falda del lomerío, con la lengua de fuera y el látigo y la espuela castigando su cuerpo; corrió el día entero con el in-

dio febril y lloroso sobre sus lomos, y al fin llegó casi muerto, al poblado. En fin, la Eustorgia se salvó pero "El Rucio" quedó "asoleado" para toda la vida.

Desde entonces, apenas empezaba a galopar, a trepar la cuesta más humilde, el "huérflago" le sacudía y empezaba el jadeo y la babaza y el sudor, y acababa por pararse. Arcadio sabía muy bien que la bestia estaba enferma, y desde aquella heroica hazaña no había vuelto a espolear al Rucio; le dejaba que hiciese aire, y el buen animal nunca tomaba más descanso que el necesario; mal se reponía cuando ya estaba otra vez en marcha. Así, en buena armonía, el indio Arcadio seguía montando al Rucio sin más ventaja que la de no cansar las piernas y cuidar los guaraches. Por lo demás, no avanzaba más que un hombre como él, tipo clásico de esa raza virgen que aún vive en las encrucijadas de la Patria, a donde no llegó la maravilla de la civilización científica, corrompida, loca de imposibles, hipócrita, servil, degenerada y pálida.

Arcadio quería entrañablemente al caballejo aquel que ya no era ni la sombra del que antes había sido. Quince años de ser su fiel compañero le habían dado sitio en la familia, sí, en la familia, ¿por qué no? Con él había ganado las carreras del pueblo cuando Eustorgia, ahora vieja y ventruda, era una moza de carnes de ébano y trenzas de vainilla, la más salerosa y chula de la hacienda. A él le había contado sus cuitas, mientras hilvanaba el tranco y parecía dolerse de las amarguras del indio. Por esto Arcadio se consolaba contándole tristezas y regocijos al Rucio, el amigo de toda su confianza:

"Rucio: estos hombres son malos; mira que no me he podido comprar con la cosecha ni un trapo. Se la llevaron toda por las medicinas y no te he comprado ni herraduras. ¿Qué vienes muy "espiao"? No te aflijas, que manque sean liadas, te voy a mercar unas botas fuertes en llegando al pueblo. Dirán que te traigo "shengo" por mi gusto. ¡Pos de qué! Tú eres el respeto de mi familia y no me está mal decírtelo; tú, como no hablas, no me echas mentiras, pero me comprendes, ¿verdad, Rucio?..."

Y el animal, que parecía entender las quejas del indio, apretaba el tranco y cabeceaba con más hondo movimiento; tal se diría que el buen Rucio decía a su amo: "No te aflijas, te están tocando las verdes, pero ahí vienen las maduras; no te fijas, no te fijas, no te fijas..." Y seguía el tranco.

Otras veces era el amor el que daba tema de consulta al "compa", y dale con las confidencias. Cuando la cuita le desgarraba el pecho, cuando el gozo reía en sus entrañas, Arcadio parecía deberle más respeto al manso y le hablaba de "usted", esa forma extraña para el indio, que no usa sino cuando anda lejos del blanco. Le hablaba así en las grandes ocasiones, como si estrenara tratamiento y fuese precisamente en honor de aquel mudo secretario, sincero, socarrón y sufrido...

"¿Se dio cuenta usted, Rucio? Esta noche llovió parejo; le voy a dar a usted tres días libres en el potrero. La chata me ha dado estas flores que llevo aquí, amarradas en los tientos. ¿No le llega el perfume? Me las dio con un beso... ¡Ay Rucio, decididamente le voy a buscar a usted

una yegua, porque esa no es vida!... Mire, yo soy hombre formal, ya me conoce, y me caso con la Eustorgia, me caso y me recaso. Qué más da que el ciego de su padre se ponga "josco"; yo le voy a hablar por derecho, y ya sé, como si lo estuviera oyendo: "Que, con qué le das buena cama, que con qué le mercas buenos trapos, que tú no la sacas de un muladar, y... ¡Puro chisme, Rucio! Pero si se emperrea me la robo, usted es mi ayuda. ¿No es cierto, Rucio? Mire, pelma, usted es un probe desgraciao mientras no le busque una yegua. Pero "aguáitese" tantito, que se m'iba olvidando. Usted se está volviendo muy metiche; ya me lo he tantiao; parece que no se las masca y nomás está tlachando, tlachando... ¿Y a usted que diablos le importa Rucio? Si ya sabe que todo le cuento, ¿pa qué está echando "mosca"? Yo no sé qué judas me da cuando usted está mirando; ni más ni menos que si usted fuera gente, y gente de respeto, es lo pior... No, Rucio, así andamos mal, malmente..."

Eso había sido el Rucio; un corazón de caballo, muy grande y muy noble; para el "compa" Arcadio no había mejor que el penco, porque no le contrariaba. ¡Ah, si el bruto hubiese hablado por milagro, ya habrían tenido para divertirse! Pero no, ni modo. Algunas veces, cómo le había hecho falta la voz de un amigo; pero de un amigo como el Rucio; por eso, en la soledad de las veredas, en la quietud de los caminos reales, le había dicho tontería y media porque no hablaba:

"Dime Rucio: ¿por qué se ha muerto el "chilpayate"? ¿Pero no oyes, "jijo"? Mira que yo quería al chiquillo por-

que era todito a mí y así no más se muere, ¿pa qué "chisplajos" tener hijos, si nomás se ponen querendones y un sampión se los lleva? Y luego a enterrarlos, a meter en un hoyo todo el querer de la vieja y el cariño mío... ¡Habla, Rucio! Dime porqué Dios se lleva a las criaturas sin darle motivo... ¡Habla, canijo!"

Pero el Rucio ¡qué iba a hablar!... ¡Oh, si las piedras, si los árboles, y la hierbecilla riente de las cuevas humedecidas, si los arroyuelos y las brisas y las ovejas y las estrellas pudieran hacer voz como el hombre, ¡cuánta ternura tendría rumor en la simple lengua sensitiva, sin el artificio de la inteligencia ni el veneno de la hipocresía! La savia, la savia verde, como una esperanza que vivificara el corazón vegetal de las selvas, palparía con menos rabia que la sangre roja de los hombres; las arterias del sol y de la luna, maravillas de luz y de blancura, se tornarían en reluciente madrigal de amor, el amor de las cosas lejanas que modulan el ansia del descanso universal, en una canción viajera por el Cosmos, empapada en las lágrimas de Dios... Pero no, ni la fuente de garrulería perlada y cristalina, ni el sendero ondulante y grácil, ni el cempasúchil, ni el palomo, ni la estrella, en fin, ni el Rucio, sabían hablar... ¡Ni remedio! El indio se quedaba sin respuesta y seguía la bestia el tranco perezoso, entristecido, con la amargura del amor animal, refugiado en las sordas paredes del instinto...

Esta vez Arcadio iba sobre el Rucio camino del pueblo. Desde la distancia el caserío trepó a los ojos del indio. Era la fiesta titular y la villa toda era una pulquería vestida de papel. Arcadio veía ensimismado el panorama del pueblo.

cada vez más cercano. No le importaba la fiesta, ahora iba como a un entierro. Y en verdad casi era lo mismo. No llevaba a nadie al panteón, pero iba a vender al Rucio; y venderlo, quedarse sin él, abandonarlo a la crueldad del nuevo dueño, era como dar un cuerpo a los gusanos de la tumba, para que no dejaran de él sino el despojo, el bagazo, la huesa...

El viaje había sido silencioso y huraño. Caso insólito; una jornada sin decir palabra al buen Rucio. El mismo animal parecía haber notado la reserva del indio, porque contra su costumbre, se había detenido muchas veces sin estar cansado, como tratando sólo de provocar el bonachón dicterio: ¡Eh, flojo, que te duermes!... ¿A qué horas Rucio?... Pero nada, Arcadio no le había dicho ni "arre"; callaba, como si estuviera el remordimiento sellándole los labios, un remordimiento que venía de muy lejos y de muy adentro para reprocharle su ingratitud, la crueldad de hacer viaje sobre aquellos lomos cansados, llenos de mataduras pestilentes, lomos de sacrificio y servidumbre; lastimarlo, así, para ir a... ¿A dónde? ¡A venderlo, a deshacerse de él! Por esto no pudo hablarle en todo el camino. ¿Cómo iba a decirle la verdad? ¿Qué disculpa sería suficiente para tamaña ignominia? Si él se iba con todo y familia para otras tierras, pues cargar con el Rucio, hombre; echarle los trapos encima y llevárselo, así, como quien arrea una cosa inútil, pero muy querida. Nada; había decidido venderlo y a eso iba al pueblo. Le hacían más falta unos reales que el Rucio. ¡Qué bárbaro!

Ahí le estaba esperando el cliente. A la entrada de la plaza de gallos lo encontró, dicharachero y locuaz.

—¡Qui'hubo, amigo! ¿Se decidió siempre a vender la "garraleta"?

Arcadio se quedó silencioso por unos instantes; luego, sin decir palabra, asintió con la cabeza.

—Pos ahí tan los cobres, y diga que mató víbora en viernes, porque vender ese desperdicio es peor que robar una borracha; pero, pos hora ya dije y ni quen se "raje"; así, ni llorar es bueno... ¿Se toma un pulque? Váyase a dejar el costillar al mesón y véngase aquí a la plaza para que me acompañe un curado de guayaba. Andele, no se dilate.

Arcadio echó a andar tirando de la cuerda al caballo. Llevaba los ojos rasos, pero no decía nada; seguía terco en su maldad. Lo desaparejó y de plano que se le rodaron nomás de ver al pobre Rucio: era un puro hueso embarrado de pellejos; las paletas se salían por las mataduras, era una desgracia; pero en sus ojos todavía quedaba aquella mirada de dulcedumbre que se clavaba en el pecho culpable de Arcadio. Por eso tal vez el indio bajó la cabeza y se fue arrastrando las "arciones" hasta el portal, donde las dejó encargadas; no quiso ni tan sólo volver el rostro, le parecía ver que aquel quimil de huesos se desplomaba allí, en un corral arisco, nada familiar, feo hasta para morir... Salió, salió silbando, silbando de remordimiento, con las manos en las bolsas, el sombrero gacho y las pupilas gruesas de lágrimas...

Con el comprador se tomó unos pulques y se despidió de él lo más pronto que pudo. Aquel hombre le chocaba,

se le figuraba que era el verdugo del Rucio. Sin saber por qué, sintió odio hacia él. Siguió tomando en las cantinas un vino infame que le desollaba el gaznate y nomás con la idea del Rucio; "inter" vaciaba el "topo" de aguardiente, no podía más que estar pensando en el pobre animal.

Después de echarse un taco en los manteados del "tanguis", ¡qué caray!, se fue a los toros. La fiesta de cada año, con una plaza improvisada y asientos de tablones. Dos matadores de desecho, despacharían cinco bravos toros; bravos, grandes y bien astados, porque al fin la hacienda los tenía, y buenos. En los tendidos de sombra los charros lucían guayaberas de colores vivos, sombreros de pelo galoneados, pantalones negros con botonadura de plata; acá, en el tendido de sol, puras guaripas, tendidos de chilapa, y sombreros cazueludos de los arribeños y... aguardiente, mucho aguardiente.

Empezó la corrida. El matador, entre susto y susto bordó tres pases corrientes y una buena verónica. Era "maleta". Llegó la hora de picar. Por la puerta del toril aparecieron dos caballos llevando encima a los picadores. El primero era un pobre animal como de mil años, jolín, roñoso y flaco a más no poder. ¿El otro?... Pues el otro era el Rucio, sudoroso aún de la jornada y con un tapujo colorado sobre la frente...

Arcadio Miguel lo reconoció en cuanto lo vio aparecer, y se quedó perplejo: ¡El Rucio, caballo de la pica! ¿Para aquello lo había tratado el bribón de la pulquería? El toro era enorme. Sus cuernos eran filosos como puñales. Le haría pedazos en el primer encuentro... Y ¡no, ni pensar-

lo! El no lo había vendido para eso. ¿Por qué le engañaron? De haberlo sabido buenos leñazos se hubiera sacado el comprador... Y mientras esto pensaba Arcadio, allá abajo las cosas habían ido muy de prisa; el enorme toro, nervioso y corpulento, sin saberse por qué, había escogido al Rucio por víctima primera. El caballejo no veía, pero parecía pedir clemencia. El astado se lanzó contra él, y el penco, estremeciéndose como quien siente el instante final, recibió la herida en el tremendo choque y rodó con los intestinos de fuera, agonizante...

Arcadio cayó de un brinco en el redondel; quería ver a su querido Rucio, pedirle siquiera perdón antes de que estuviera muerto; quería estar junto al Rucio, el viejo amigo que parecía buscarle con una mirada llena de angustia entre la multitud; pero un par de guardias le sacaron al callejón y de ahí, a empellones, le echaron de la plaza.

Afuera, acompañadas de arpa, "media anega" y triángulo, cantaban las cantadoras. La gente iba y venía: era un hormiguero. Un catrín rió al ver salir de la plaza al indio, violentado por los polizontes:

—"Quien le manda meterse sin pagar".

El indio no hizo caso, dio vuelta por las tapias y se asomó por un portillo del corral. En esos momentos metían al Rucio en rastra, bien muerto. Tenía en la panza un enorme agujero por donde le salían las tripas y una sangre destañada y aguanosa...

—¡Rucio, Rucio mío!, —gimió el indio.

Arcadio dobló la cabeza. El dinero con que había sido pagado el Rucio parecía de fuego, le quemaba las manos y le torturaba el alma. Pensó: "Si esto me pasa por haber vendido al Rucio, ¿qué sería de Judas que vendió a don Jesucristo?"... Y se echó a beber aguardiente. Toda la tarde estuvo metido en las piqueras. Tomaba sin hablar a nadie mirando al suelo fijamente, con aire de estupidez. Sólo de vez en cuando, de tanto llorar, se llevaba la manga al rostro y exclamaba: "Rucio, Rucio de mi alma, ¿verdad que usted me perdona? ¡Usted ya está en el cielo, usted es un santo! Míreme cómo estoy de borracho, y yo nunca había tomado, usted lo sabe bien. Perdóneme, Rucio, y pídale a Dios por mí. A usted sí le hace caso el Señor; porque ya es usted mártir. Murió por divertir a los herejes como los buenos cristianos de la antigüedad... ¡Perdóneme, Rucio, no sea malo!...

La noche, arropada de estrellas, cayó como un manto lantejueado sobre la tierra. El blanco camino empezó a cobrar importancia bajo la intervención clarísima de la luna, y a los pálidos reflejos de la celeste enferma, un indio de ropas blancas, tendido ojos arriba sobre las lajas de la cuesta, con el pensamiento y la voluntad extraviados, dormía el letargo del alcohol, muy lejos de la amargura.

De mi diario de guerra

Pie de Oro

rafael montejano y aguiñaga

NUNCA pude saber exactamente cómo se llamaba. Sólo recuerdo que le decían Peter Gold's Foot, Pedro Pie de Oro. Pedro se hizo

famoso por su pie, un pie descomunal, extraordinario aun entre los gringos. De allí su mote de "Pie de Oro". Pero lo maravilloso de ese pie consistía en su fuerza y agilidad. Pedro era un colosal futbolista.

Con el pie izquierdo, que era el de oro, Pedro realizó prodigios en las Ligas Mayores. Cada patada de Pedro equivalía a un imparable cañonazo. Por eso el pie de Pedro se cotizaba a precios muy altos. Por cambiarlo de un equipo a otro había forzosamente que pagar muchos miles de dólares. Tan bueno así era su pie.

Pero un día Pedro se fue a la guerra, o, más bien, se lo llevaron, porque su pasión era el balón. En la guerra no abandonó su deporte: su profesión y su vida. Siempre se le vio en los descansos jugando al foot. Dentro de su

mismo tanque llevaba como mascota inseparable el balón con el que alcanzó sus mejores triunfos.

Al hacerse la movilización tocóle en suerte ingresar a un batallón motorizado. Y Pedro, que había sido una incomparable ala izquierda en el juego, en la guerra ya, se convirtió en un incomparable tanquista, del ala izquierda también.

Yo conocí el tanque de Pedro. Lo bautizó "Pie de Oro". A leguas se conocía, porque, en su buen humor, hizo que en la coraza le pintaran un pie grande, descomunal, su propio pie chorreando fuerza y vigor. El dibujo fue tomado del natural. Pedro posó especialmente para ello y la pintura salió espléndida.

En el tanque de Pedro lucía, por un lado, la ritual estrella blanca de los yanquis, y por el otro, el izquierdo, el Pie de Oro. Pero más que un pie era un zapato, un gran zapato de foot en su apogeo. En la suela los tacos parecían alas; arriba la media enrollada, parecía nube, y la puntera, lo más apreciable del pie de Pedro, del Pie de Oro, reía jocundamente. De tal modo se pintó el zapato, que puntera y suela eran dos labios desencajados por la risa, y los dientes los dedos de oro de Pedro.

Pedro quiso que así fuera el retrato de su pie. El deporte es guerra, y Pedro hizo de la guerra un deporte. El pie que había sido el susto de más de cuatro equipos, tenía que serlo también de los nazis. El tanque de Pedro disparaba cañonazos como goles que hacían ver estrellas. Por

eso decía Pedro que en su tanque había juntado dos cosas, el Pie de Oro y la estrella yanqui.

Y aquel tanque se hizo famoso. Desde Sicilia donde debutó, hasta los Montes Albanos, donde encontró su sepultura, el tanque "Pie de Oro", con aquel dibujo provocativo y burlón peleó como en un juego de foot, con elegancia y destreza.

Para Pedro la guerra no era sino un grande y solemne encuentro, por la copa del mundo, entre dos equipos potentísimos, el de los Aliados y el del Eje. La cancha era el magno estadio europeo; la meta o goal triunfal era Berlín, allí había que meter el balón. Cuando empezamos la invasión nos había dicho Eisenhower: "los ojos del mundo están mirándonos", por éso la porra aliada estaba en la tribuna animándonos... El juego era en dos tiempos: en el primero había que meter un goal en Roma, y en el segundo en Berlín. Así terminaría ese raro y original encuentro por la copa del mundo, con el goal en Berlín.

Y para allá iba Pedro jugando el ala izquierda de su oncena motorizada, con su pie descomunal y poderoso dentro de un tanque descomunal y poderoso también.

Cuando sucedió esto que cuento, terminaba ya el primer tiempo de ese sangriento juego. La meta en la que había que meter el primer goal, Roma, estaba a la vista.

Los alemanes habían emplazado perfectamente su línea de defensa a lo largo de los Montes Albanos, y ante ella

la delantera aliada no adelantaba un palmo. Las balas, como balones, iban y venían. Pedro estaba furioso. En su vida había visto enemigo más duro. Pasaban los días, corrían las semanas y todos en el mismo sitio.

Se aproximaba el día del desembarque en Francia y desde el Cuartel General nos dieron la orden terminante de ocupar cuanto antes la ciudad de Roma, es decir, de meter el primer goal. Había que distraer la atención del Comando Alemán para facilitar el gran desembarque aliado. Por el mar nos llegaron suficientes refuerzos, y por el aire los pesados bombarderos, tétricos mensajeros de la muerte.

Se iba mayo y para el 6 de junio, el día D, los aliados tenían que pisar el suelo de Francia. Nosotros, para el 4, teníamos que meter el primer goal en Roma. Y nos echamos al ataque. Durante una semana la muerte dirigió una sinfonía fúnebre en *fortissimo*; al golpe de su batuta la metralla sonaba con milésimos de corchea, cegando a centenares de soldados que no alcanzarían a ver el primer goal, mientras la porra aliada tiraba al viento sus "hurra" animándonos.

Pedro, como buen jugador, llevaba estupendamente el ala izquierda. Pero cometió un error, el primero y único de su vida, brincó la delantera aliada, se internó en el área de defensa alemana y se colocó en off side. La muerte, árbitro implacable, marcó el penaltty. Una bala enemiga perforó la coraza del "Pie de Oro", entró en la torre del tanque y explotó dentro. Allí dio cuenta de Pedro, se incendió el tanque, explotaron las municiones y Peter Gold's

Foot quedó hecho pedazos entre los hierros de su máquina. Al día siguiente, 4 de junio, metimos el ansiado primer goal en Roma. Concluía el primer tiempo, pero Pedro no jugaba ya. Dos días después Eisenhower ocupaba las costas de Normandía.

Por Roma pasamos rápidamente; un mes después brincamos las puertas de Perusa y seguimos hacia arriba, hasta llegar a Bolonia. El primero de septiembre obtuve un descanso y quise volver a los Montes Albanos a recorrer aquellos lugares de tragedia, en donde las cruces ocuparon el puesto de las vides y de los olivos.

Ya no me acordaba de Pedro, ni había para qué. El sólo era uno de tantos caídos; sus ocurrencias, ellas mismas, no fueron sino pequeñas variaciones en la monotonía del cuartel, cosas sin importancia y sin derecho a ser recordadas eternamente. Por lo demás, Pedro era cadáver desde hacía tres meses.

Con el respeto que siente el que fue testigo de aquellos sacrificios humanos sepultados bajo tierra, recorrí lo que había sido el frente hacía tres meses. En los tupidos bosquecillos, en las laderas destrozadas, en las ruinas, por todas partes las cruces abrían angustiadas sus brazos implorando perdón para los que yacían a sus pies. Era aquello un sembradío de cruces, de cruces secas, polvosas, asoleadas, como los sarmientos de las vides estériles y de los árboles quemados.

Dispersos aquí y allá abundaban los fragmentos de máquinas bélicas, revueltos entre casquillos vacíos y balas

sin explotar. Por las veredas o por el monte seguía la muerte en acecho enroscada en cualquier mina o escondida en los campos no registrados donde los imprudentes que no hicieron caso del aviso de "Peligro" pagaron con la vida su osadía.

Caía la tarde. El sol de verano lanzaba rayos como chicotazos bajo un cielo tremendamente azul. Mi visita a aquellos lugares tocaba ya a su fin; atrás, muy atrás se habían quedado los lagos, Rocca di Papa, Monte Cavo. Y llegué a un bosque, un bosquecillo insignificante, pero alegre, con verdores de primavera. Arriba el sol luchaba por meterse entre las ramas y abajo el zacate se ocultaba a sus miradas. Parecía que sólo allí no se conoció la guerra. Pero sí, allí estaba, trepada en aquel tanque que, como bestia agonizante, caía recargado en un árbol.

Sin trabajo reconocí aquel despojo. Sobre el hierro quemado y descolorido se dibujaba un zapato que reía a mandíbula batiente. Se reía con el bosque y se reía de la máquina desfallecida. Era el tanque de Pedro, era el "Pie de Oro".

Con temerosa curiosidad de niño me acerqué, lo toqué. Era el mismo. Rotas estaban las cadenas y quemado el caucho de los anillos; la coraza carcomida por las balas corrosivas; los fanales rotos; la torre perforada. Subí y me metí en él. Adentro se respiraba un sofocante olor de óxido y de muerto. Todo era un montón de hierros. Las cajas de las municiones hechas criba; el volante, los aparatos, los asientos, habían desaparecido ya. Nada tenía forma.

Involuntariamente revolví aquello, buscando algo, sin esperanzas de encontrar nada. Y encontré ¡quién lo creerá! el pie de Pedro, su pie izquierdo, un hueso mondo forrado de gusanos dentro de un zapato quemado y abierto, abierto por delante, como el que estaba pintado afuera...

Mi ánimo, hecho ya a las escenas fuertes, acostumbrado a ver morir a cada instante, insensible al sufrimiento de la guerra, se estremeció al ver aquello. Allí estaba ante mis ojos el pie de oro que brilló en las Ligas Mayores del foot ball, el que metió tantos y tantos goals en las canchas norteamericanas y que no pudo meter un goal en Roma; allí estaba, reducido a la impotencia y corrompido. Tres meses antes por ese pie no discutirían precio, ahora no darían un comino por él.

El tanque ardía, y salí con el Pie de Oro en la mano. A unos pasos dos cruces marcaban un sepulcro, en una de ellas se leía: "Peter Gold's Foot, 3 de junio de 1944". Era la de Pedro. Abrí un hoyo y le entregué su parte dispersa, la que le ofreció y le dio fama y dinero.

Camino de los Alpes se metía el sol. Por el otro lado se levantaba, como hoja de guadaña, la luna, arrastrando su espantosa mantilla de luto y oscuridad. Recargado en un árbol quedaba el tanque, y en su desteñida coraza un dibujo sarcástico, un zapato viejo, reía desmesuradamente.

La Locura de
Chabela

maría ester ortuño de aguiñaga

DE Chabela se dice que está loca y todo porque a los cuarenta años le da por jugar con muñecas de trapo.

¡Qué loca ha de estar! Lo de siempre. La gente, cuando no es capaz de comprender ciertos hechos y reacciones que salen del cartabón de las costumbres, se conforma con la explicación que primero se le ocurre, y aquí, en Soledad de los Ranchos, donde vive Chabela, se desconocen sus inquietudes, sus angustias, su pasado...

¿Por qué no había de jugar ahora con niños de trapo de grandes ojos y bocas de hilvanes, si cuando estuvo en tiempo de hacerlo sus muñecos fueron de carne y hueso que lloraban y comían de verdad?

Sucedió que todavía no era señorita cuando Roque se la llevó a vivir con él, por eso tardó dos años en venir al mundo Calixto, su primer hijo, trocito palpitante de seda canela que murió a los pocos meses, precisamente de chipi-

leza porque ya venía en camino su hermano Martín. Nada más se fue poniendo tristecito, tristecito, no quería comer, y una deposición tenaz se lo llevó en una semana.

Y es que Chabela no sabía, ¡qué había de saberlo entonces!, que cuando un niño está chípil, se cura con traguitos de yerbabuena y leche de burra y un collar de ajos para que absorban el mal, o bien, haciendo que el paciente abrace de cuando en cuando una mata de ruda.

Roque le llevaba nomás cuarenta y cinco años. No sólo parecía su padre sino su abuelo; pero en Carretones, donde ellos vivían entonces, nadie se escandalizó por aquella unión.

Roque era tan "respetuoso", tan hombre cabal, que ningún otro se atrevió jamás a rondar a su mujer.

Ella, por otra parte, le sentía afecto de protegida. Huérfana de madre, padre no conoció, vagaba de jacal en jacal, sujeta a la buena voluntad de unos, a la ojeriza de otros, hasta que Roque la recogió para que alegrara sus últimos días de hombre apto.

Chabela era trigueña y chapeteada, la mirada vivaz de sus ojos negros acusaban una inteligencia precoz; la boca de labios carnosos, como de garambullo, que dijera Roque, dejaba asomar la blancura de unos dientes macizos a cada carcajada fresca siempre pronta a escapar.

El cuerpo de Chabela quedó chiquito por el pesar de tantos pesos: el cántaro en los hombros, el tercio de leña

en la espalda, el hijo prendido del seno aunque soliviado por el rebozo en columpio.

A la edad en que otras niñas, las del pueblo, tienen por obligación aprender a leer, a escribir y hacer las cuentas de corrido, Chabela encontró que la suya era tener a Roque contento, además de con otras cosas, remendando la ropa y haciendo las gordas enchiladas para el almuerzo.

Más tarde, cuando las niñas del pueblo no hacen sino engalanarse para gustar al primer novio y ocupar el resto de su tiempo en trabajos de adorno, Chabela curaba chincales, mollera caída, seguía haciendo las gordas, lavaba, acarrecaba agua y leña y no ignoraba cómo conducir la yunta.

Y no se crea que estaba a cien leguas de la coquetería, tenía tiempo y buen ánimo para tejer en la negrura de sus trenzas cintas de colores, y anudar a su cuello cuentas azules, verdes, solferinas... Así de risueño era el espíritu de Chabela.

Tres meses después de muerto Calixto, su primer hijo, nació Martín. Chabela, a causa de su "experiencia" y de que otro embarazo se hiciera esperar, pudo criar a su segundo hijo sano y robusto. La madrugada se le juntaba con la anochecida en halagos y mimos para el chiquito.

Calixto, fue para ella tan niña, una sorpresa desagradable en su vida casi infantil; pero Martín ya era el hijo, carne que duele más que la propia y melodía que vibra en cada célula.

—Martín es mi gloria, pos dígame, Roque pa' qué quiero más en esta vida, le decía a su marido con el alma en la mano.

Para Roque, el sentimiento de su paternidad constituía un eterno día de fiesta, sentaba a Martín en las rodillas y lo hacía jugar con los colorines que le traía del cerro, vigilaba amorosamente que no los llevase a la boquita y sin hablar, se complacía imaginándolo convertido en su apoyo.

A veces llegaba a pensar en voz alta diciéndose a sí mismo: "Ya la burra pinta va a parir, el animalito será pa' mi Martín"; "Si el maicito no se pierde le merco a Celdonio una pareja de becerros pa' irle haciendo pie de ganado a mi chivato".

Cuando Martín tenía ya cuatro años, era inquieto y le gustaba correr por los surcos y la nopalera.

Una mañana, mientras sus padres almorzaban en el barbecho, él fue a tenderse de barriga a jugar con unas piedritas que hacían las veces de cabras pastando. De pronto Chabela escuchó su grito y de un salto se puso al lado del pequeño; alcanzó a ver cómo la chirrionera se escondía entre el matorral.

Desesperada chupó una y otra vez el punto rojo que el aguijón de la víbora dejara en la mejilla tierna; pero todo fue en vano, esa misma tarde, con la carita desfigurada, yacía Martín lleno de flores entre una mujer que gritaba su dolor en sollozos y un viejo silencioso y reposado con los surcos de la frente más hondos, que de cuando en cuando secaba una lágrima con la manga de su camisa.

Pasaron los días y el dolor y el recuerdo unieron más a Roque y a Chabela.

El triste suceso fue golpe mortal para el anciano. La más cara ilusión lograda en el ocaso de su vida se le esfumaba de pronto sumiéndolo en la conciencia de su cercana decrepitud.

Chabela apoyaba la esperanza de su consuelo en la perspectiva de ser madre otra vez; pero como los meses pasaban y los síntomas se hacían esperar, Piedad, vecina y amiga, le aconsejó bebiese en ayunas la infusión de raíz de atepatlí con chilatolí, ya que a causa de eso tomado con regularidad le había nacido cuates a ella. "Así, le decía Piedad, repones de una buena vez a tus dos niños".

Mañana tras mañana la ollita del té prescrito fue puesta a la lumbre por las manos devotas de Chabela.

A poco, la joven fue dándose cuenta de que el esposo respondía cada vez menos a sus reclamos.

—Pos qué no quiere otro chivato, Roque, ¿qué vamos a hacer tan solos?

—Como no voy a quererlo, es que el Señor de El Sauclito ya no quiere ayudarme, Chabela, y tu tan muchacha.

—No se ponga triste, es que el Santo Señor ha de querer que vayamos hasta su mera iglesia a pedirselo.

Hicieron viaje a San Luis Potosí, y ahí ante el Cristo

de El Saucito, unido el fervor de sus corazones, suplicaron la realización del milagro.

Roque hizo el ofrecimiento de un hombre de plata, Chabela el de un retablo que mandaría ejecutar a su compadre Ernesto que los pintaba tan bien, le pediría que los representara a ellos cada uno con un niño en los brazos y de rodillas ante la imagen dolorida del Santo Señor.

Salieron del templo muy confortados.

De regreso a Carretones Chabela opinaba que los cuatitos llevarían los nombres de Calixto y Martín.

—¿Verdá, Roque?

—Como tu quieras, Chabela, esa es cosa tuya.

Pero el milagro se retardaba y la esperanza comenzaba a desfallecer. Sin embargo, la juventud de Chabela se resistía.

A cada nuevo fracaso trataba de alimentar el entusiasmo de Roque animándose a sí misma.

—No se apure, Roque, ha de haber alguna medicina.

Consultó a Piedad y ella sugirió se le diera a beber el cocimiento de flores de cempoalxóchitl con gotas de bálsamo del Perú.

Pasado un mes sin obtener resultados Chabela se lo administraba ya como agua de uso.

Fue consultada por fin la curandera; el hombre no quería que trascendiese su cuidado; pero Chabela lo convenció.

Las cataplasmas de huevos de gallo vivo, mezclados con ahuate que aquélla mandó, también los defraudaron.

Roque todo se dejaba hacer, ni los sinapismos de linaza para restablecer la fuerza, tan ardorosos y picantes le sacaron protesta; pero comenzó a prolongar su estancia en el campo sintiéndose culpable. Siempre al regresar, advertía el cambio operado en Chabela, ya no le hablaba de los sucesos y sucedidos del rancho. Lo atendía como siempre; pero un hálito de frialdad se interponía entre ellos. Por eso fue que le sorprendió verla llegar una tarde con la cara expresiva de buen humor. Chabela saltaba como cabrita joven.

—Roque, póngase contento, dice Pablo, el barillero, que en Ebano, allá cerca de Tampico, hay un doctor que lo cura todo. "yo no le pregunté nada" —explicó al ver en la cara de Roque una ligera mueca de reproche—. Piedá le dijo que por ay por donde el camina le consiguiera un remedio pa' ese mal que a usted le aqueja. Tenemos que ir, Roque, allá sanará ¿o es que usted no quiere? —preguntó al ver que Roque guardaba silencio.

—Lo haré por tí, que bien sé no son nomás hijos los que te hacen falta.

Chabela sólo entendió que él estaba de acuerdo y ya planeaba la forma de solventar el gasto.

Vendieron la yunta, las cabras y algunas gallinas, las

más ponedoras se las dejaron encargadas a Piedad y una madrugada, a pie, Chabela animosa, Roque resignado, en dos horas de camino llegaron a Peotillos para abordar el tren.

En el trayecto él olvidó su preocupación y le fue contando a su mujer de los años lejanos de su juventud en que hiciera otro viaje por la selva huasteca sirviéndole a un comprador de ganado; de cómo los había atacado un tigrillo que otro de los vaqueros mató luego de un escopetazo; de la nigua que se mete entre las uñas hasta hacer pus la carne; de las parvadas de pericos que se confunden con la verdura de los árboles.

Ni siquiera dio muestra de disgusto cuando una compañera de viaje le obsequió a Chabela unos bolillos con frijoles y chorizo:

—Uno pa' usted y otro pa' su papá.

Roque, a la vez que Chabela, agradeció el regalo y se lo comió.

En Ebano no les costó trabajo localizar a don Matías ya que era famoso por sus maravillosas curaciones.

En cuanto vio a Roque y se le consultó el caso, movió la cabeza.

—No viejito, ora ya no es tiempo, lo que usted tiene es la edá.

Roque agachó la cabeza, Chabela no se dio por vencida.

—Hágale la lucha, si yo sé que usted es muy buen doctor, venimos desde muy lejos.

Por la insistencia de la muchacha y por justificar el cobro, don Matías dio a Roque, envueltas en un papel de periódico unas raíces blancas, carnosas, para que las comiera así crudas, por la noche antes de acostarse. Cuidó de advertir que eran muy caras porque las mandaba traer de muy lejos y le recomendó que al día siguiente volviera en ayunas. Les cobró cinco pesos.

En la casita que les dieron albergue, dijeron que aquello de las raíces era matlacaca, muy buena también para acabar con los celos, reviviendo el cariño entre los esposos.

Apenas clareó, estaba Roque de nuevo con don Matías.

Otra vez le echó en cara su decrepitud.

—Pero si esa muchacha está re entera, ¿pa' qué la agarró con tanta ventaja?

A Roque le dieron ganas de responderle una violencia; pero ahí estaba su última esperanza, por eso calló.

Por prescripción médica se desnudó y luego fue metiéndose en una artesa que había en medio del cuarto llena de un líquido de mal olor, según dijo don Matías, toda la noche se habían remojado ahí las yerbas medicinales. Francamente le cayó bien el remedio, con el calor que hacía en esas tierras...

Cuando después de una hora, según dijo el hombre, lo

sacó del baño, fue tendido en una cama de ramas con hojas redondas y algo espinosas que le resultaron muy molestas; pero como la ilusión del buen resultado lo ameritaba, sumiso se acostó boca abajo.

Estuvo ahí un tiempo que le pareció eterno. Cuando se le mandó levantarse, mientras se sacudía la basura del cuerpo don Matías le dijo en tono de convencimiento.

—La cama de esta hierba que se llama cosolmecha es muy vigorizante. Creo que le va hacer beneficiosa porque se le pegaron unas hojas en la parte enferma. Esa es la seña de que el mal tiene cura; así que lo espero mañana de vuelta.

Y ya en la puerta del cercado, al despedirlo, le hizo una nueva recomendación que Roque cumplió después al pie de la letra:

—Que le haga su señora un caldito de chachalaca, y todos los días, al comérselo, revuélvale una cucharada de aceite de tortuga cahuama que le doy en esta botellita. Aunque —y añadió—, se le atragante, bébaselo, porque es muy sustantivo.

Con el tonificante augurio, con el frasco de aquel aceite sin refinar y con cinco pesos menos en la bolsa, volvió Roque a reunirse con Chabela. Le dio la buena nueva y ella lo animó a seguir adelante.

Día tras día siguió tendiéndose sobre aquel lecho suplicio al salir del baño y por las noches a masticar los tu-

bérculos carnosos, hasta que se le agotó el dinero y a Chabela se le fue aminorando el afán.

Y ahí quedó con Roque y con su juventud baldía, en lugar desconocido, a enfrentarse con el único problema que le preocuparía en adelante, el de su manutención. El consiguió animales para cuidar, ella se dedicó a lavar ajeno.

El tiempo paseó su indiferencia sobre sus vidas desencantadas. Chabela se sintió vieja en lo mejor de su edad.

Entre el quehacer del lavadero y el de atender a Roque que desde hace cinco años padece los fríos, se le van las horas.

Chabela, apta en los menesteres de la aguja, descubrió un día que hacer un muñeco con unos cuantos trocitos de tela no era muy difícil y con emotiva tenacidad fue mejorando su manufactura y haciendo a esta labor un huequito en sus horas de trabajo.

Va a cumplirse un año de que Roque comenzó a instalarse en pasar sus últimos días al lado de Trinidad, la hermana viuda que vive aquí, en Soledad de los Ranchos.

Ella tiene una huerta de verduras que le da lo suficiente para vivir con desahogo.

Cuando recibió la carta que Chabela mandó escribir para ella, se alegró del deseo de su hermano y les mandó para el pasaje, por eso es que ahora Roque y Chabela viven aquí en su compañía.

El ya ni fuerzas tiene para caminar, la vejez y el paludismo se lo han comido; tose todo el día, y toda la noche y se le transparentan los huesos por entre el pellejo.

Chabela levanta el quehacer de la casa, ayuda a su cuñada a cortar las verduras y cuida de lo que se ofrece mientras ella sale a venderlas; pero la ocupación a que se dedica con toda la alegría de su corazón, es a la de hacer muñecas, monas de trapo, como dicen las niñas que se las mandan hacer.

Cuánto gusto siente de poder proporcionarles la alegría de tener a quien arrullar.

Y para ella ha fabricado también buen número de "niños". Ahora puede tener todos los que quiera sin ayuda de nadie.

Antes de acostarse, los acuesta y los arroja con celo maternal y muy temprano los levanta y los viste.

Todos tienen su nombre. Están ahí naturalmente Calixto y Martín. Les canta, les habla y los acaricia llena de ternura.

Chabela es ahora feliz. Qué importa entonces que Trinidad, su misma cuñada, sea la primera en correr la versión de su locura, ¡Como ella nunca ha llegado a tener un hijo entre los brazos...!

Rifa de Animas

luis reyes de la maza

SE acercaba el día de los muertos. Ese día en que los panteones de provincia se visten de gala con tanta corona de flores

y papel multicolor.

Para la mayoría de los habitantes de aquel pueblecillo minero —situado en lo más alto de las montañas y con calles de juguete— el día de los Fieles Difuntos era una fecha llena de atractivo y de contrastes, pero estos últimos les tenían muy sin cuidado. Desde temprano se encaminaban al pequeño panteón instalándose las familias cerca de la tumba del ser querido para dejar pasar el tiempo plácidamente entre pláticas, juegos, risas, y, de cuando en cuando —¿por qué no?— sollozos y suspiros.

Los niños organizaban sus grupos para jugar a las escondidas entre las cruces y las estatuas, mientras las madres preparaban las tortas para la hora de la comida. Los hombres charlaban fumando o dormían bajo la sombra de los

saucos raquíticos teniendo como almohada alguna fresca lá-
pida.

Los pregones de los múltiples y variados vendedores se mezclaban al barullo de la chiquillería, y nunca faltaba alguna modesta murga con sus cuatro desafinados instrumentos lanzando al viento las notas de las melodías más en boga. Algunos años había hasta rueda de la fortuna, caballos y tiro al blanco, con lo que el panteón se veía más animado que de costumbre.

En este pueblo oloroso a nubes había alguien que no estaba de acuerdo con estas costumbres "bárbaras y poco piadosas" —como ella misma decía—, y ese alguien era nada menos que doña Matilde, la mujer más católica, más chismosa y más aristócrata de todo el lugar.

—No apruebo que la gente se emborrache y haga escándalos perturbando así la paz de los que duermen el sueño eterno, repetía siempre que el día de los difuntos se acercaba.

Doña Matilde, con su nariz ganchuda como de bruja de leyenda y sus pequeños ojillos miopes, descendía de una noble familia española que atesoró inmensa fortuna con las minas que rodeaban al pueblo y que ahora yacían en el olvido inundadas sus entrañas de plata.

Ella era la última heredera de esa fortuna puesto que con su medio siglo auestas aun no sabía lo que era un hombre ni tenía ya esperanzas de saberlo. Como nunca se resignó a ello, la amargura se había acumulado sobre su

sistema nervioso hasta hacerla una vieja irritable y con un carácter más agrio que todos los limones de su huerto.

Como la totalidad de las solteronas, buscó al mismo tiempo un escape y un refugio, y esto siempre se encuentra en la religión; pero doña Matilde había exagerado tanto su piedad que, ésta se convirtió en tremendo fanatismo que la dominaba por completo.

El asilo de huérfanos y el de ancianos, así como la escuela y el seminario se sostenían gracias a los donativos mensuales de la rica dama, por lo que fray Antonio, el prior de los franciscanos, le estaba muy reconocido y le tenía toda clase de consideraciones.

Faltaban ya escasas semanas para el día de los muertos, y fray Antonio, naturalmente ayudado por doña Matilde, preparaba la "Rifa de ánimas", que consistía en una especie de tómbola religiosa para las ánimas del purgatorio, en donde los premios iban desde unas solemnes honras fúnebres con misa cantada de tres padres, pira funeraria y toda clase de adornos luctuosos, hasta un simple y pobre responso dicho a toda prisa al terminar una misa ordinaria.

—He pensado que este año el primer premio sean unas misas de San Gregorio, para dar mayor impulso a la rifa, ya que en otras ocasiones ha decaído bastante la venta de boletos debido al poco entusiasmo de la gente.

—Dirá usted a la poca piedad, padre. Les interesa más ir a mitotear al cementerio y gastarse el dinero ellos mismos en comida y alcohol, que ganar el cielo para sus muertos.

—No empecemos otra vez, doña Matilde, por favor; ya sabe usted que es inútil tratar de hacer algo contra las tradiciones del pueblo... Espero que ahora con las misas gregorianas la gente responda mejor y se vendan los cien boletos.

—¡No irá usted a bajar el precio de ellos como el año pasado!

—Lo he pensado, pero creo que diez pesos es más que suficiente.

—¿Más que suficiente? Si debería cobrar veinte pesos y aun es barato. A este paso va a terminar regalándolos.

—No todos lo pueden pagar... ¿Cuántos boletos quiere vender usted?

—Los de siempre, treinta, y el mío lo pagaré doble.

—¡Gracias, doña Matilde, es usted tan generosa! ¿El premio suyo seguirá siendo para el alma del padre Félix?

—¡Naturalmente! Nunca olvidaré a mi primer confesor y guía espiritual de mis padres durante cuarenta años.

—Pero llevó una vida tan ejemplar que para la gente es como un santo; ya ve cómo su tumba está siempre llena de veladoras y de flores. Además, ya le ha mandado usted decir tantas misas, que su alma debe estar en el cielo desde hace mucho tiempo.

—¿Quién sabe? No hay que dejar de pedir jamás por

un difunto. No me perdonaría que por mi causa fuera a estar sufriendo, así que pediré hasta mi muerte y así él abogará por mí allá arriba.

—Está bien, doña Matilde, tiene razón... Mañana mismo mandaré imprimir los boletos y la lista anunciando los premios para tener todo listo. Y a propósito de muertos, ¿supo que anoche mataron a Martín, el hijo de Anselma?

—¡Me alegro! ¡Fue el peor malvado que el pueblo ha tenido desde su fundación!

—Realmente fue un muchacho perverso y de ideas asesinas, por eso acabó así, con más de seis puñaladas en el estómago y tirado en la peor cantinucha de un barrio.

—¡Dicen que lo menos mató a diez cristianos, y sus robos y violaciones fueron incontables, además de quién sabe cuántas lechorías más! Ahora ya las gentes decentes como nosotros podremos salir a la calle por la noche; no que antes por el temor de encontrarse con ese bandido, se tenía una que encerrar anocheciendo.

—¡Pobre Anselma! Tan acabada que está a base de disgustos y penas con ese hijo; quizá ahora pueda vivir en paz el resto de sus días.

—¡Ella tuvo la culpa por mimarlo tanto desde chico! ¿Recuerda usted cómo lo defendió cuando quise que lo llevaran a la cárcel por haber hecho sus necesidades en la tumba de mis antepasados un día de muertos?

—Es natural, ¿qué madre no míma a sus hijos y no los defiende aun a costa de su propia vida? ¡Y más estando chicos!

—¡Pero sin llegar al extremo de Anselma, padre! No negará usted que ya estaba bastante grandecito cuando me dio aquella nalgada al pasar por donde se caía de borracho y me gritó cosas horribles... ¡Cómo me suplicó y lloró Anselma para que no lo acusara!

—Sí, es cierto, fue demasiado cariñosa con él, pero hay que tener en cuenta que era su único hijo y la única persona que tenía en el mundo.

—Claro, por haber pecado con aquel militarote que nunca volvió a ver. ¡No tiene perdón la madre y mucho menos el hijo!

—No diga eso, doña Matilde, recuerde que la bondad Divina no tiene límites.

—¡La bondad no, pero la paciencia sí! Y le aseguro que Martín acabó con la paciencia del Altísimo. ¿Cuántas veces vino a confesarse con usted arrepentido y dispuesto a cambiar de vida? ¡Bah! ¡Apenas cruzaba la puerta de la iglesia lo primero que hacía era irse a meter a cualquier cantina otra vez!

—Los Evangelios nos enseñan que Jesucristo dijo que al pecador se le perdonaría setenta veces siete.

—¡Yo creo que ese asesino se pasó del resultado de esa

multiplicación!... ¡Las doce! ¡Apenas si llego a tiempo al seminario para el rezo de mediodía! ¡Adiós, padre, el lunes vendré por los boletos de la rifa!

Al salir del convento doña Matilde se encontró con doña Hortensia, que, como ella, pertenecía a las terceras de San Francisco, y era su íntima amiga.

—¡Hortensita, qué milagro! ¿Por qué no vino ayer al rezo de la orden?

—¡Ay, doña Matilde, es que tuve el dolor todo el santo día, y no se me quitó hasta que me puse una estampita del padre Félix en la espalda!

—Yo se lo había dicho, si es muy milagroso y muy bueno, Dios lo tenga en su Santa Gloria... ¿No va al rezo del seminario?

—No, si apenas puedo caminar unas cuantas cuadras; no se imagina el sacrificio que hago viniendo a rezar el rosario aquí.

—Dios se lo tomará en cuenta, no se preocupe, y El sabrá darle su justa recompensa.

—Así lo espero, doña Matilde.

—¿Ya le habrán contado la noticia?

—No, ¿de qué se trata?

—¡Anoche mataron a Martín, el hijo de Anselma!

—¡No me diga!... ¡El Señor lo haya perdonado!

—¿Usted también es de las que creen que Dios puede perdonar a esa clase de gente?... ¡No, Hortensita, no se haga ilusiones, Dios es bueno con los que han vivido bajo sus mandamientos, pero no con los que lo ofenden a cada rato!

—Si usted lo dice, así ha de ser, doña Matilde, yo como no sé nada de teología...

—Bueno Hortensita, me voy porque se me hace tarde, no deje de venir mañana al rosario, voy a cantar yo y el sermón de fray Antonio; va a estar precioso.

—¿Pues sobre qué va a hablar?

—Sobre el amor al prójimo... ¡Adiosito!

Pasaron los días y doña Matilde se entretuvo feliz, vendiendo boletos para la rifa de ánimas entre sus pocas amistades. Fray Antonio por su parte hacía lo mismo y lo preparaba todo con gran cuidado, pues su idea de las misas de San Gregorio como primer premio había tenido tanto éxito que tuvo que hacer cincuenta boletos más.

Una tarde, cuando ya finalizaba octubre, fray Antonio merendaba como siempre en el jardín del convento cuando

llegó Anselma, envuelta en su viejo rebozo y arrastrando pesadamente sus pies de tierra y de cobre.

—Buenas tardes tenga su mercé, padrecito...

—¿Cómo te va, hija?... ¿Qué te trae por aquí? Ya sabes que empiezo a confesar a las seis, después del rosario.

—Es que, con perdón suyo, no vengo ahorita a confesarme sino a que me venda un boleto pa' la rifa de ánimas.

—Pero hija, ¿qué no sabes que cuesta diez pesos?... ¿De dónde vas a sacarlos?

—Pos he'stado orrando de la ropita que lavo y plancho y aquí los tiene usted.

Anselma alargó al fraile diez sucios billetes mientras sus ojos hinchados contemplaban las apetitosas piezas de pan y el humeante chocolate que descansaban sobre la mesa.

—No tiene caso que gastes; mejor mándale decir una misa, la de madrugada por ejemplo, que te cuesta solamente tres pesos.

—No, padrecito, yo sé que m'ijo jué malo y una pa' su alma no es nada, y así a lo mejor se saca las de Señor San Gregorio, y crioque con eso tendrá pa' salir del purgatorio.

Doña Matilde con un impecable vestido negro y zapatos de charol, se acercaba en esos momentos.

—¡Tu hijo no saldrá del purgatorio ni con veinte tandas de misas gregorianas!

—Doña Matilde, por favor —rogó el fraile—. Esta bien, hija, si así lo quieres aquí tienes tu boleto y ojalá Dios te conceda el primer premio para tu hijo que en verdad bien lo necesita.

Anselma, con los ojos inundados tomó el boleto mientras fray Antonio contaba los billetes, y después de besarle la mano, se alejó lentamente con la cabeza caída sobre el pecho.

—¡Pobre mujer! Sólo Dios sabe con cuantos sacrificios reuniría este dinero.

—¡Es dinero malgastado, porque ese bandido tiene que estar en el infierno!

—No aventure usted sus juicios, hija mía, que el Señor la está oyendo.

—Pues si está en el purgatorio no merece que se haga nada por él. ¡Que redima todos sus horribles pecados hasta el día del Juicio!

—Vamos, doña Matilde, no se exalte usted.

—¿Qué no me exalte? Padre, creo que usted no comprende bien las cosas, ¿cómo va a ser posible rogar por ese asesino? ¡Primero saquemos del purgatorio a sus víctimas, puesto que no sería justo que saliera él antes!

—Ya sus familiares estarán rogando por ellas.

—¿Qué familiares tenía aquel pobre cargador que Martín mató hace cuatro años? ¿Quién ruega ni quién se acuerda ya de él?... ¡Ah, pero eso sí, su asesino gozará primero del cielo!... ¿Es justicia eso, padre?

—Bueno... no, pero es que...

—¡Es que nada, padre! ¡Martín debe permanecer en el purgatorio hasta que Dios quiera sin que ninguna oración lo ayude a salir!

—Pero hija, hay que ser más piadosa...

—¡Aquí no cabe la piedad! ¡Aquí es labor de justicia tanto humana como divina!... ¿Tuvo él piedad cuando asesinó o cuando violó?

—Bueno, bueno, pero no veo el objeto de tanta discusión; Anselma compró su boleto y por lo tanto tiene derecho a participar en la rifa, Dios sabrá si oye esas oraciones o no.

—¡Que las va a oír! Únicamente se van a desperdiciar habiendo tantas otras almas que sufren por pecados leves y que nadie se acuerda de ellas; ¡pero esos difuntos cuando estén en el cielo rogarán por usted porque prefirió pedir por los asesinos que por los justos!

—Entonces los asesinos pedirán por mí —contestó el fraile sonriendo.

—¡Fray Antonio, sospecho que no está usted sabiendo ejercer dignamente su alto ministerio!

—¡Por Dios, hija...!



—Si el alma de ese criminal participa en la rifa, no cuente usted más con mis limosnas para su iglesia!... ¡Yo no seré participante de esta intriga contra las benditas almas del purgatorio!

—Pero hija, no te pongas así... claro que tienes parte de razón, pero ahora ya no hay nada que hacer; ni modo de devolverle el dinero a Anselma, ¡se armaría un escándalo!

—¡Está bien, pero tiene usted la obligación de darle el último premio!

—Eso será cuestión de suerte.

—¡Qué suerte ni que nada! ¡Usted verá cómo le hace, pero Martín se lleva el último premio o mis donativos y mi preferencia irán a dar a otra iglesia en donde haya un sacerdote con más raciocinio y más claro concepto de la justicia!

—Lo siento, doña Matilde, pero... pero es imposible... yo no puedo hacer eso... sería hacer trampa...

—¡La trampa se la hará usted a las demás ánimas!... En fin, ya no quiero hablar más sobre este enojoso asunto, piense lo que he dicho, padre, piénselo, y verá que tengo toda la razón... ¡Buenas tardes!

El día de muertos fue como todos los días dos de noviembre, es decir, con gran alegría y música en el cementerio, y misas toda la mañana en los templos. "Don Juan

Tenorio" se anunciaba para esa noche en el teatro del pueblo y los vendedores de calaveritas de azúcar hacían negocio en la Plaza de Armas. Todo igual que siempre desde muchos años atrás.

Cuando se llevó a cabo la famosa rifa de ánimas, la suerte hizo la peor de sus trastadas dando al boleto de doña Matilde el primer premio.

Y así, en la lista con los resultados que apareció al día siguiente en la puerta del templo, las solemnes honras fúnebres con pira funeraria y las misas de San Gregorio, fueron para el padre Félix, el varón más santo del pueblo, mientras que el pobre y simple responso dicho a toda prisa al terminar una misa ordinaria, fue para Martín, el peor asesino y ladrón del pueblo.

Fragmentos
del Diario de un
Masoquista

(Julio y Agosto)

maría amparo dávila de coronel

lunes 7 de julio

Ml vecino el señor Rojas pareció sorprendido al encontrarme sentado en las escaleras. Seguramente lo que llamó su atención fue la mirada, notoriamente triste. Me di cuenta del vivo interés que de pronto le desperté. Siempre me han gustado las escaleras, con su gente que sube arrastrando el aliento, y la que baja como masa informe que cae sordamente. Tal vez por eso, escogí la escalera para ir a sufrir.

jueves 10

Hoy puse gran empeño en terminar pronto mis diarias tareas domésticas: arreglar el departamento, lavar la ropa interior, preparar la comida, limpiar la pipa... Quería disponer de más tiempo para elaborar los programas y escoger los temas para mi ejercicio. Es bastante arduo el aprendizaje del dolor, gradual y sistematizado como una disciplina o como un oficio. Mi vecino estuvo observándome largo

rato. Bajo la luz amarillenta del foco, debo parecer transparente y desleído. El diario ejercicio del dolor da la mirada del perro abandonado, y el color de los aparecidos.

sábado 12 de julio

De nuevo cayó sobre mí la mirada insistente y surgió la temida pregunta del señor Rojas. Inútil decirle algo. Dejé que siguiera bajando entre la duda. Yo continué con mi ejercicio. Cuando oí pasos que subían, un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Los conocía bien. Las manos y las sienes comenzaron a sudarme. El corazón daba tumbos desesperados y la lengua parecía un pedazo de papel. Si hubiera estado en pie me habría desplomado como un títere. Sonrió al pasar... Yo fingí que no la veía. Y seguí con mi práctica.

jueves 17

Estaba justamente en el 7o. grado de la escala del dolor, cuando fui interrumpido cruelmente, por mi constante vecino que subía acompañado de una mujer. Pasaron tan cerca de mí que sus ropas me rozaron. Quedé impregnado del perfume de la mujer, mezcla de almizcle y benjuí, viscoso, oscuro, húmedo, salvaje. Llevaba un vestido rojo muy entallado. La miré hasta que se perdieron tras la puerta del departamento. Hablaban y reían al subir la escalera. Reían con los ojos y con las manos. Eran pasión en movimiento. Cerrados en sí mismos ni siquiera me vieron. Y

mi dolor tan puro, tan intelectual, quedó interrumpido y contaminado en su limpia esencia por una sorda comezón. Sensaciones pesadas y sombrías descendieron sobre mí. Aquella dolorosa meditación, producto de una larga y difícil disciplina, quedó frustrada y convertida en miserable vehemencia. ¡Malditos! Golpee con mis lágrimas las huellas de sus pasos.

domingo 20

Fue un verdadero acierto graduar el dolor, darle categoría y límite. Aun cuando hay quienes aseguran que el dolor es interminable y que nunca se agota, yo opino que después del 10o. grado de mi escala, sólo queda la memoria de las cosas, doliendo ya no en acción sino en recuerdo. Al principio de mi aprendizaje creí que era oportuno ir en ascenso, en práctica gradual. Bien pronto comprobé que resultaba muy pobre una experiencia así. El conocimiento y perfección del dolor requiere elasticidad, sabio manejo de sus categorías y matices, y caprichoso ensayo de los grados. Pasar sin dificultad del 3o. al 8o. grados, del 4o. al 1o., del 2o. al 7o. y, después, recorrerlos por riguroso orden ascendente y descendente... Me appena interrumpir esta interesante explicación, pero hay agua bajo mis pies.

lunes 21

A primera hora llegó el dueño del edificio. Yo aun no acababa de secar el departamento. Gritó, manoteó, dijo

cosas tremendas. Acostumbrado como estoy a sufrir injusticias, necesidades y mal trato, su actitud fue sólo un reflejo de otras muchas. Se necesitaría de un artista auténtico para conmoverme, no de un simple aprendiz de monstruo. No le di la menor importancia. Mientras gritaba, me dediqué a cortarme las uñas con cuidado y sin prisa. Cuando terminé, el hombre lloraba. Tampoco me conmovió. Lloraba como lloran todos cuanto tienen que llorar. ¡Si hubiera llorado como yo, cuando llego a aquellas meditaciones del 7o. grado de mi método, que dicen...

sábado 26

Con toda humildad confesaré que soy un virtuoso del dolor. Esta noche, mientras sufría hecho un nudo en la escalera, salieron a mirarme los gatos de mis vecinos. Estaban asombrados de que el hombre tuviera capacidad para el dolor. Apenas noté su presencia. Sus ojos eran como teas que se encendían y se apagaban. Debo haber llegado con toda seguridad al 10o. grado. Perdí la cuenta, porque el paroxismo del dolor, así como el del placer, envuelve y obnubila los sentidos.

miércoles 30

Estoy tan sombrío, tan flaco y macilento, que a veces cuando algún desconocido sube la escalera, enloquece al verme. Yo estoy satisfecho con el aspecto logrado. Es fiel testimonio de este arte, de su casi perfección.

domingo 3 de agosto

No sé cómo, ni con qué palabras describir lo que hoy pasó. Aun tiemblo al recordarlo. Fue hace unas horas y no salgo de la sorpresa. El remordimiento que tanto practico ahora cobra novedad y me ha convertido en su presa. Es como si lo hubieran creado justamente cuando yo dominaba la escala completa. Cuando era todo un artista. He caído en un error imperdonable, fuera de oficio, inaudito y funesto. Si una sola vez hubiera dejado de practicar las disciplinas que este arte exige, diría que era la consecuencia lógica, pero he sido observante fiel...

jueves 7

No sé si podré salir de esta funesta prueba. Hoy trabajé tres horas seguidas (lo cual es agotante y excesivo) en el 6o. grado de mi escala, el más indicado para casos como éste. Sufrí como nunca, tanto que los vecinos me recogieron desmayado al pie de la escalera. Aquí, bajo los vendajes, está la sangre coagulada. Las carnes abiertas. Tendré que aumentar o incluir como variedad del 5o. grado, este de las heridas reales. No se me había ocurrido antes, quizá fue una inspiración divina esta caída de la escalera. Un abrir los ojos a nuevas disciplinas.

martes 12 de agosto

No he podido olvidar. Quizá sea castigo a mi sober-

bia, pues empezaba a sentirme seguro, a soñar que manejaba el oficio con maestría. Lo escribí el sábado 26 de julio. ¡Fatal confesión, las palabras traicionan siempre y se vuelven contra uno mismo! ¡Si sólo lo hubiera pensado! He tenido que practicar hasta el agotamiento los grados 60. y 90., dos horas cada uno. Después tuve que huir precipitadamente a mi departamento, por temor de que aquello volviera a suceder.

viernes 15

¡Otra vez sucedió! Cuando el último sol de la tarde bañaba los peldaños de la escalera. Siento su mano aun entre mis manos que le huían. Su mano tibia y suave. Dijo algo que yo no la oía. Sus palabras eran como bálsamo sobre mis llagas. No quise saber nada. Me estaba prohibido. Pronunciaba mi nombre. Yo no la escuchaba. Mis esfuerzos, mis propósitos y todo mi arte se estrellarían ante su mirada de ciervo, de animal dócil. El arte es sacrificio, renuncia, la vocación es vital, marca de fuego, sombra que se apodera del cuerpo que la proyecta y lo esclaviza y consume... ¡Ni siquiera una vez volví la cabeza para mirarla!

lunes 18

Me arranqué las vendas y la sangre dejó su huella en la alfombra. También sangro interiormente. Recuerdo la tibieza de sus manos. Esas manos que quizás ahora mis-

mo acarician otro rostro. Por primera vez en mucho tiempo no salí a sentarme en la escalera, temía que llegara en cualquier momento. Temía que dispersara mi dolor con su sola presencia.

sábado 23

En la mañana vino el señor Rojas. Pensó que algo me había sucedido al no verme en mi acostumbrado rincón de la escalera. Me trajo unas frutas y un poco de tabaco; sin embargo sospecho que no es sincero en su preocupación. Hay algo secreto y sombrío en su actitud. Quizás intenta comprar mi silencio, yo he visto a las mujeres que mete en su departamento. Quizá quiere...

martes 26

Junto a la puerta cerrada, para sentirme más cerca de la escalera, practiqué el 40. y el 70. grados. Oí sus pasos que se detenían varias veces, del otro lado. Sentí el calor de su cuerpo a través de la puerta. Su perfume penetró hasta mi triste habitación. Desde afuera turbaba mi soledad violentando mis defensas. Comprendí entre sollozos que la amaba.

viernes 29

La amo, sí, y es mi peor enemiga. La que puede ter-

minar con lo que constituye mi razón de ser. La amo desde que sentí su mano entre mis manos. Si yo fuera un individuo común y corriente, como el señor Rojas o como el dueño del edificio, me acostaría con ella y sería el náufrago de su ternura. Pero yo me debo al dolor. Al dolor que ejercito día tras día hasta lograr su perfección. Al dolor de amarla y verla desde lejos, a través de una cerradura. La amo, sí, porque se desliza suavemente por la escalera como una sombra o como un sueño. Porque no exige que la ame y sólo de vez en cuando se asoma a mi soledad.

domingo 31 de agosto

Si solamente fuera el dolor de renunciar a ella sería terrible, ¡pero magnífico! Esta clase de sufrimiento constituye una rama del 8o. grado. Lo ejercitaría diariamente hasta llegar a dominarlo. Pero no es sólo eso, la temo. Son más fuertes que mis propósitos su sonrisa y su voz. Sería tan feliz viéndola ir y venir por mi departamento mientras el sol resbalaba por sus cabellos... ¡Eso sería mi ruina, mi fracaso absoluto! Con ella terminarían mis ilusiones y mi ambición. Si desapareciera... Su dulce recuerdo me roería las entrañas toda la vida... ¡oh inefable tortura, perfección de mi arte...! ¡Sí! Si mañana leyera en los periódicos: "Bella joven muere al caer accidentalmente de una alta escalera..."

El Sacristán

Bienaventurados los pobres de espíritu,
porque de ellos es el reino de los cielos.

San Mateo, V-3.

josús medina romero

TRANQUILINO BUENO era el mocetón más pacífico del pueblo. Dueño de un espíritu que oscilaba entre la socarronería y

la idiotez, con bastante mayor propensión a lo segundo que a lo primero, Tranquilino era considerado por su mansedumbre como un ejemplo de bienaventuranza. Por caridad le daban abrigo y sustento en la casa parroquial, no sin que el señor cura, con palabras amables y suaves, le hablase diariamente de los horrores de la ingratitud, por lo que Tranquilino procuraba huir de ellos, correspondiendo a los favores de aquella casa con una total dedicación a los santos menesteres de la iglesia. El aseaba los pisos, hacía los mandados, conservaba limpios los ornamentos, sacudía el polvo de las imágenes y, en las noches de solemnidad, después de dar vuelo a las campanas, se sumaba a las hileras de los fieles, y con una vela encendida en la mano, vistosos escapularios sobre su pecho y listones pendientes de su cuello, que sujetaban medallas como condecoraciones, respondía a grito pelado, pero con un fervor sublime, a las leta-

nías que rumiaba el cantor en el coro. Con un ápice más de inteligencia hubiera podido ayudar al señor cura a decir misa, y es que Tranquilino quería ganar el cielo a toda costa; ¡él, que con su cara de bienaventurado hubiera podido entrar a la gloria por la puerta grande!

Soportaba pacientemente las imprudencias de los muchachos. Los chiquillos de la escuela, cuando lo encontraban en la calle, vestido con una chaqueta militar de ínfima graduación, que ya sentía la nostalgia de su color primitivo; con el pelo cortado a rape, los ojos idos y la piel granulosa de los locos, lo molían con infantiles necedades:

—Tranquilino, dínos cómo hace el tren.

Y Tranquilino procuraba imitar el sonido de la campanilla, el soplo del vapor y el ulular de la locomotora, habilidad imitativa que los colegiales pagaban con grandes risotadas.

O bien:

—Tranquilino, dínos cómo hace el "viejo de la danza".

Y Tranquilino daba algunas vueltas bailando y haciendo como que tocaba la guitarra, entre la jubilosa chiquillería. Sólo cuando le cargaban la mano profería una palabrota contra ellos y sacaba de la bolsa una resortera, a cuya amenaza los arrapiezos huían despavoridos, por más que el pobre loco no hiciese jamás uso de su arma.

Era, en fin, un tipo lleno de color vernáculo, a quien

las gentes del pueblo trataban con piadosa liberalidad y cristiana simpatía, con excepción del hortelano de la casa curial, que no fraternizaba con Tranquilino por envidia de los ricos bocados y de las indulgencias plenarias que el loco recibía.

Aquella mañana Cosme Picón, hortelano del señor cura, presentó ante el juez de primera instancia formal querrela en contra de Tranquilino Bueno por el delito de lesiones del primer grado. El quejoso alegaba que aquel día, cuando iba a descender al fondo de la noria con el fin de continuar limpiándola, advirtió sobre el brocal un trozo grande de cantera, algo así como parte de una columna abandonada, que durante años había visto medio sepultado en un rincón de la huerta. Dijo que no tuvo ninguna idea sobre el objeto con que pudiera estar aquel día la piedra en el brocal, y sin cuidarse de más bajó a la noria; que apenas comenzada la tarea oyó un ruido en la boca del pozo, y cuando volvió la cabeza para ver lo que era, vio contra el cielo la cara de Tranquilino y la cantera que se venía abajo; que instintivamente metió la cabeza en un hueco de la noria, pero que la piedra lo alcanzó en el hombro derecho dejándoselo semidestrozado como podía verse, y que de no ser por dos hombres que cortaban alfalfa y que al oír sus gritos corrieron a sacarlo de la noria, él hubiera muerto con toda seguridad.

Interrogados por el juez los cortadores de alfalfa dijeron que ellos no habían visto a Tranquilino en la huerta y que a lo mejor la piedra se cayó sola. ¡Claro! ¡Como iba

a ser capaz Tranquilino Bueno de crimen semejante! Mas lo cierto era que el hortelano vio en aquel accidente la ocasión de sonsacar al señor cura en concepto de indemnización por la dudosa culpa de su protegido, algo de los diezmos y primicias que aquellas buenas gentes pagaban a la iglesia de Dios, y así, un tanto recuperado y venciendo el dolor de la magulladura, el hortelano compareció personalmente ante el juez.

El ciudadano de la ley, hombre católico en extremo, queriendo ahorrarse dificultades mediante un juicio sumarísimo, y seguro de la inocencia del acusado, hizo comparecer a Tranquilino, quien se presentó en el juzgado seguido de una muchedumbre de curiosos.

El licenciado interrogó:

—Este hombre se queja de que hoy por la mañana, estando él en el fondo de la noria del señor cura, tú le dejaste caer la piedra que estaba en un rincón de la huerta. ¿Es cierto que arrojaste la piedra?

Y Tranquilino, rasgando sus gruesos labios y mostrando los dientes amarillos, con un destello inusitado en los ojos, contestó risueñamente:

—¡Sí desde ayer se la iba a echar, nomás que no la había podido subir!

Y así fue como Tranquilino Bueno, bienaventurado por ser pobre de espíritu, antes de franquear los umbrales del cielo, tuvo que trasponer las rejas de la cárcel.

El Secretero

gabriel echenique

BULLELE Marcial! Ya está amaneciendo y se nos hace tarde. ¡Andale Marciana con mi yerbita pa la bilis! Así llamaba a grandes voces Ponciano Sifuentes, que fue un caporal, en los tiempos porfirianos, de la hacienda ganadera "Los Llanos", al mismo tiempo se ocupaba de ensillar su macho prieto "pa salir luego luego" y, mientras ponía cada garnición, apuraba un trago de "cenizo" que había curado con una buena porción de aguardiente.

Era Ponciano un tipo sarmentoso que pasaba ya de los ochenta, pero conservaba esa resistencia, increíble a su edad, que de cuando en cuando encontramos en nuestra gente del campo. Marcial era su bisnieto, chiquillo de unos ocho años que ya sabía uncir los bueyes en la carreta o en el arado, que atendiendo a las voces del viejo se apresuraba a apretar los suaderos al Palomo, un maltratado pollino que era su cabalgadura ideal, no obstante las tundas de palos

que solía darle cuando se atrasaba en el camino siguiendo al macho del viejo.

—¡Mamá!, gritó el chiquillo, écheme las gordas pa don Poncia... y que lleven hartó chile, que es como a él le gustan... y pa mí unos taquitos de prietos y los dos guajes pa la agua, porque habrá de saber que ese endemoniado secretero cegó el ojo de agua de la Purísima allá arriba en la sierra y tray a mi Tata muy encoraginao dende que lo hizo—, y largándole un trancazo al Palomo —¡arre burrio!, lo sacó del corralito donde el sufrido animal pasaba las noches. Ya Ponciano en su cabalgadura emprendía la marcha, jurando que sería la última vez que el secretero le ganaría la partida.

—Adelántate, Marcial, y quítate las trancas del potrero mientras me arriendo, que se me olvidó echarle la agua al chicote— diciendo ésto se regresó a la choza para pedirle a Marciana la botellita de agua bendita que se había agenciado con el señor cura para quitar el embrujo de que los había hecho víctimas el secretero, cegándoles el manantial y haciéndoles perdedizos los bueyes de la yunta, el pinto y el colorado, dos magníficos ejemplares, fuertes y lustrosos, que lo mismo servían para la carreta que para el arado.

Corriendo Marciana fue hasta el "baule" en donde guardaba lo que ella consideraba sus tesoros, y sacando una botellita con la imagen de la Virgen de San Juan, realzada, se la entregó al viejo; Ponciano la tomó en sus manos y por un momento titubeó en rociar el chicote de cuero trenzado, que para el objeto había confeccionado la noche an-

terior, o llevarse el agua; y optó por lo último —no fuera que secándose perdiera la juerza, se dijo, mejor darle una empapada cuando tenga a la mano a ese canijo que tanto se ha burlao de mi persona.

Apretó el paso de su cabalgadura y pronto alcanzó al chiquillo que ya pasaba la punta del potrero y subía por la vereda que los había de llevar hasta el manantial cegado.

Un rosa tenue se alzaba en el horizonte y el fresco de la hora se hacía sentir sobre la tierra humedecida por la caricia matinal. Ponciano se arrebujo en su cobija y silencioso se encerró en sus recuerdos. Estaba en Los Llanos, allá por el año de 1909. —¡Cuánta caballada tenía el amo don Salvador! Alvaro, el joven libertino hijo del amo, le había echado el ojo a su Mariquita, la más joven de sus hijas, a todas horas la asediaba. Varias jóvenes hijas de los peones habían sido víctimas de su lujuria. —¡Vaya, si era guapo!, y sabedor de muchas artimañas en las artes del amor.

Su Mariquita era pura y virtuosa y aunque rechazaba los requiebros de su enamorado, siempre la impresionaba aquel joven tan apuesto. Ponciano hizo lo que pudo por protegerla, pero, un día... Se acercaban los herraderos en Los Llanos y Ponciano ordenaba las corridas con todos los vaqueros para juntar los animales y hacer el conteo en los corrales de la hacienda. Esa noche se había recogido a temprana hora y no bien empezaba a conciliar su sueño cuando Prudenciana, su mujer, muy excitada lo despertó a

grandes voces: —¡llevántate, Ponciano, que María se nos muere—, sobresaltado se dirigió al rincón donde Mariquita dormía. La muchacha toda sudorosa jadeaba presa de terribles convulsiones tratando de hablar sin poder hacerlo. —¿Qué tienes mi almita? ¡Háblame!, y acercándose más, la estrechaba entre sus brazos tratando de darle calor a aquella vida que él veía cómo se acababa. Ponciano no sabía qué hacer, su mujer salió corriendo del jacal hacia la casa grande para pedir auxilio al amo. Mientras él angustiado frotaba los piecitos de la niña con agua caliente sin lograr que reaccionara, ya desesperado la tomó en sus brazos decidido a sacarla al relente de la noche, aquel cuerpecito flácido al recibir el fresco logró balbucir, con gran esfuerzo, unas palabras, ansioso acercó su oído a la boca de su hija y obtuvo su confesión: Alvaro había logrado su propósito, dejándola abandonada ese día huyó a la capital; ella desesperada recurrió al toloache que había ingerido a grandes dosis... Un estertor sordo se apoderó de la niña y a poco expiraba entre sus brazos.

Ponciano no reveló nada, ni a su mujer, y una sed de venganza le llenó el ánimo. —Aquel hijo de la... se las había de pagar, él sabría esperar. Cuatro años pasaron, la revolución estaba en pleno desarrollo. Alvaro confiado en que el tiempo había borrado la memoria de su crimen pasaba pequeñas temporadas en Los Llanos.

Las partidas de revolucionarios entraban y salía de la hacienda, y cuando ellos se acercaban, los amos salían apresuradamente para regresar cuando la abandonaban.

Una noche cuando don Salvador y su hijo dormían

tranquilamente, el mayordomo fue a despertarlos para avisarles que la partida del "mechudo", peón que había sido de la vecina hacienda de Angostura, se acercaba ya con su gente por el casco de Los Llanos. Apresuradamente se levantaron y por una puerta falsa salieron para montar los caballos, que de antemano dejaban preparados para estos casos. Ponciano, que estaba al tanto de lo que pasaba, corrió hacia el potrero y se ocultó detrás de la cerca por donde deberían de pasar y esperó pacientemente con el cartucho cortado de su 30-30. Había una luna muy redonda, el blanco era fácil y... un disparo retumbó en la noche. Alvaro cayó en tierra bien muerto. Al estampido la gente del "mechudo" se precipitó en el seguimiento de los que huían y pronto el amo y el mayordomo corrieron la misma suerte de Alvaro.

Ponciano se había deslizado cautelosamente, sin ser visto de nadie y la muerte de los tres fue atribuida a la partida del "mechudo".

No tuvo remordimiento, ¿por qué?... El sólo había vengado a su Mariquita, y guardó en su mente los dos crímenes, el de Alvaro con su niña, y el de él con Alvaro...

Ya el sol estaba subiendo y a Marcial le extrañaba que el viejo no hablara en su trayecto cerro arriba, al fin se decidió a interrogarlo: —¡Tata! ¿No oyó el ruidazo ayer en la ladera del Colimote?... Mesmamente, parecía que su mercancía arriaba al pinto y al colorado, y hasta retumbaba el tronido del chicote. Yo corrí al mero aguaje pa donde sentía el ruido, pero nada vide y me entró mucho miedo; me de-

golví al peñón del ojo porque me agarró una temblorina que me daba mucho frío, después oí los chillidos del secretero y sabe Tata, dicen que es un alma en pena... —No hijo, contestó Ponciano, tú no tienes experiencia y nada sabes de estas cosas. Cuando corríamos el ganado en Los Llanos, hace muchos años... varias diabluras nos hizo ese brujo, pero siempre podíamos con él. A este ya le vide la sombra tres veces y ayer vide la sombra del pinto, pero el chicote que traiba se me despochinó; pero con este que traigo no va a jugar el canijo. En esto llegaron al peñón del aguaje, y desmontando, descansaron.

—¡Qué reseco está el ojo Tata!, parece que se ha hundido más la agua. —Bueno, hijo ahí se queda y le dejo esta reata pa que si llegan los bueyes los amarre— y recogiendo el morral con sus gordas y su guaje, montó su macho y se dirigió a la ladera del Colimote.

Caminó todo el día, repasó veredas, escudriñó matorrales y nada vio, ya aburrido pensó en regresar a juntarse con el niño. Pardeaba la tarde y el macho, sabiendo que era la hora de regresar al pesebre, apresuró el paso voluntariamente. La vereda zigzagueaba y de pronto el bruto se espantó, deteniéndose bruscamente; el viejo sorprendido, miró a su alrededor y pudo ver que en un claro del monte, había dos carcañales de res, entonces una sombra se adelantó con firmeza hacia su cabalgadura, intentando cogerla por el freno, al mismo tiempo se escuchó un prolongado silbido y una voz que decía: —aquí tienes tus bueyes, viejo maldito... si los quieres tendrás que jinetearlos como yo— y pasando de la palabra a los hechos, el viejo vio como aquel fan-

tasma echaba un pretal a uno y otro esqueleto y los jinetaba con maestría, ¡y vaya que tiraban tamaños resparos! El temor se apoderó de Ponciano que ya no podía ni moverse, pero acordándose agarró el chicote, y sacó su botellita del agua bendita y dándole una buena rociada, clavó espuelas al prieto y salió disparado sobre la sombra cruzándola a latigazos, sin cortar más que el aire. —¡Toma maldito, toma— y se acercaba a los carcañales, entonces, la sombra se alzó y él creyó reconocer la figura de Alvaro; con todo el odio que le produjo el recuerdo, empuñó su machete y tirando a diestra y siniestra, pretendía, con saña, herir la figura hasta que al fin ésta se desvaneció, el viejo agotado por la fatiga, el temor y el coraje se quedó inmóvil... —Se ha vuelto a burlar de mí— balbucía, y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas cenicientas. De pronto recordó la frase del niño "dicen que es una alma en pena". El pánico lo embargó y ya sólo pensó en regresar al peñón, en donde había dejado al niño. El macho subió trotando y él sintió que el cuerpo se le helaba.

Al acercarse al aguaje, Marcial saltando de alegría, se apresuró a recibirlo, ¡Tata!, el ojo echa gorgotones de agua y cay por las peñas, el pinto y el colorado están bebe y bebe, nomás viera lo gordotes que están y re mancos: de veras Tata.

El viejo sentía un dolor clavado en la espalda y una sofocación que no lo dejaba hablar, con gran esfuerzo pudo contestar al chiquillo —¡Amárrelos hijo! y arrielos pa el rancho, ese maldito secretero me los devuelve pero me ha echao el ojo, y siento que me muero.

Bajaron por la vereda con los bueyes por delante, ya al acercarse a los jacales Marcial gritó a su madre: —¡Mama ya trujimos la yunta y el ojo está llenito de agua, pero mi Tata se enfermó de la bilis y viene rete malo! —¡Válgame Dios!, exclamó Marciana y acercándose al abuelo lo ayudó a apearse del macho. —Ayúdame hijito, que está rete pesao—. Casi a rastras lo llevaron al camastro de tablas. —Está muy frío, —pronto hijo, traime su yerbita a ver si lo revivimos.

Todo fue inútil, la nieta recogió sus últimas palabras sin comprenderlas; con un rictus de dolor en su rostro el viejo apenas podía pronunciar:

—Era Al-va-ro... Al-va...

Aquella noche el cielo estaba límpido y en su pecho se prendía una magnolia redonda...

Los pastores entonaban el Alabado y sus notas quejumbrosas rodaban por el aire.

Solo, junto al fogón Marcial sollozaba... —¡Maldito Secretero!, y estrujando el chicote de su Tata agregaba: Conmigo no podrás condenao... no podrás...

El Barillero

raquel banda farfán

LEGABA los martes y los jueves. Desde que aparecía entrando por la puerta del llano con su diversidad de novedades, la gente asomaba por las cercas y las sonrisas frescas de las muchachas dábanle la bienvenida.

—Allí viene el Chebo— gritaba quien hubiese tenido el privilegio de verle primero.

Las mujeres se apresuraban a sacar los huevos o el maíz que tenían destinados para el trueque.

El hombre deteníase a la puerta de la primera persona que lo llamara.

—Ven Niña, acércate... y la simpática borrica que a fuerza de acompañarle siempre, a todas partes, a toda hora, se había vuelto mansa y entendida como un perro, acudía a su amo.

El Chebo abría los cajones que venían sobre el lomo

de Niña y dejaba a la vista las mil preciosidades destinadas a satisfacer la coquetería de las muchachas. Aretes, anillos y prendedores de cobre adornados con vistosa pedrería; peinetas, perfumes, brillantinas y polvos, en fin, sería imposible enumerar tal diversidad de objetos; pero lo más importante eran las telas que Chebo dejaba para pagar a plazos. Lo único malo, (en lo cual nadie reparaba, por otra parte) era que dichas telas no venían en variedad de dibujos y colores. Generalmente traía una o dos piezas que bastaban para cada vuelta. Las muchachas sacaban su corte sin poner reparos al gusto de Chebo, y al siguiente día, la única revista de modas que había en el rancho y de la cual era propietaria desde tiempo inmemorial una solterona, circulaba por todas las casas. Cuando llegaba un día de estrenar, las chicas sacaban a lucir vestidos iguales.

En las vísperas de las fiestas, el Chebo era esperado con ansia y su nombre encerraba para cada joven la promesa de una ilusión cumplida.

Algunas personas habíanse encontrado con el barillero cuando venía del pueblo con su carga de alegría. Caminaba con la mirada perdida en el horizonte, en el risueño azul de las montañas; a ratos, andando sin prisa tras de su borrica, a ratos, casi corriendo para alcanzarla en las pendientes del camino. Era curioso verle entonces, vestido de andrajos, con los pedazos de ropa sucia colgando de su cuerpo desgarrado; sus pies incansables de eterno caminante, hundíanse en el polvo calzados con viejos zapatos recogidos de algún muladar. Pero el contento brillaba en su semblante, lo llevaba aprisionado en el pecho y de pronto, dejábalo salir a gritos en las notas de una canción ranchera. Can-

taba a voz en cuello y su canto extendíase sonoro por las soledades del monte.

A veces, se cruzaba en su camino algún compañero, que aunque en su comercio no había quien le hiciera competencia por aquellos alrededores, él consideraba, hermanos de su suerte a los "huacaleros", esos hombres misteriosos y callados que recorren las distancias de ranchería en ranchería con un huacal a cuestas donde llevan sus vendimias; cazuelas, jarros, chicle de piedra, ajos y cominos. Entonces interrumpía su canción para saludar al amigo del camino:

—Buenas tardes le de Dios...

Aunque el Chebo llegaba al rancho desde hacía más de diez años, ni allí ni en los otros lugares del municipio que visitaba, se sabía nada de su vida íntima. Era un hecho que vivía en el pueblo, pero... ¿dónde? ¿Con quién? Fue por eso que lo ocurrido aquel día causó tanta sensación.

Serían las siete de la tarde cuando unos hombres que volvían del pueblo lo encontraron a la orilla del camino. La borrica cargando sus cajones vacíos, pastaba cerca de él sin dejar de mirarle frecuentemente con inquietud. Clavaba en él por un momento la apacible mirada de sus grandes ojos y luego, recordando el pasto fresco volvía a morder.

Al acercarse al lugar, los hombres oyeron débiles quejidos y como vieran a la burra sola, imaginaron lo ocurrido. Se bajaron de los caballos y descubrieron al Chebo entre unos matorrales, sangrando abundantemente por varias heridas de puñal que tenía en el pecho.

Uno de ellos rasgóse la camisa para improvisar una venda.

El Chebo los oyó discutir acerca de lo que harían con él. ¿Sería mejor llevarlo al pueblo con el médico? ¿O al rancho con la curandera? Si se le dejaba allí para ir a dar parte, era casi seguro que muriera, los auxilios se le darían demasiado tarde. El Chebo intervino.

—No amigos... gracias. De todos modos voy a morir... no me dejen solo... háganme el favor de oírme... quiero decirles algo.

Uno de los hombres volvió a montar su caballo y a galope tendido se encaminó al pueblo con las últimas claridades de la tarde.

—Yo no soy solo señores... —dijo el herido— yo tengo un hijo. Quisiera verlo por última vez... pero no se puede.

El Chebo se enjugó una lágrima y como al hablar parecía prolongar la vida, los que cuidaban de él lo dejaron seguir.

—Cuando era chiquito de ocho meses, mi mujer nos abandonó. Sufrí mucho con él... no sabía qué darle de comer, estábamos en la miseria, pasábamos el día encerrados en el cuarto que era nuestra casa... en las noches el pobrecito lloraba... lloraba por su madre y yo no sabía calarlo. Un señor se compadeció de nosotros y me prestó unos centavos... comencé a girarlos en esto... montaba mi

muchachito en un burro y nos íbamos a andar por los ranchos... caminábamos de sol a sol... siempre juntos... Pensaba muchas cosas buenas para cuando él fuera hombre, quería verlo hecho un doctor... o algo grande, y juntaba lo más que podía para tener con qué educarlo cuando fuera tiempo. Una vez al volver a la casa encontré allí a mi mujer que nos estaba esperando... abrí la puerta y se metió con nosotros al cuarto... alzó al niño y comenzó a besarlo y a llorar con él... yo no podía quitarle que hiciera eso... era su madre. Luego me dijo que iba por él... que se había casado con un rico y que ella haría del niño un doctor... me rogó mucho... yo la miraba tan bien vestida y lo pensaba... luego le entregué los trapitos que tenía mi hijo y a él le eché la bendición. Le prometí que no la molestaría nunca si cumplía su palabra. Cuando salió con el niño, por poco me arrepiento... el pobrecito me gritaba y tuve que ser muy hombre para oír sus gritos sin moverme... cuando ya no oí nada me puse a llorar...

—Pobre hombre— dijo uno de los que le escuchaban. El Chebo oyó la exclamación y sonrió dulcemente.

—No, no soy pobre hombre... estoy contento porque ella cumplió su palabra... me vine a seguirla para estar cerca del niño, sin que nadie supiera que ella y yo vivimos juntos una vez... ella es una señora rica... yo seguía siendo lo mismo... juntaba mis centavitos para entregárselos un día a mi hijo... que recibiera algo de su padre también... pero hace poco me robaron todo... anduvieron buscando en mi cuarto hasta que encontraron el dinero, creo que fueron los mismos que me pegaron ora... me qui-

taron quince pesos y se llevaron los blanquillos y las gallinas que traía.

—¿Quién es su hijo? Usted tiene derecho a verlo... a decirle que usted es su padre... a darle la bendición si se siente malo...

—No... no tengo derecho a decir que soy su padre ora que él es un... un señor... yo no le he dado más que mi cariño de toda la vida... lo he vigilado cuando estudiaba, luego se fue a la ciudad a seguir estudiando y esperé con ansia que volviera... y cuando regresó hecho un hombre... lo único que hice fue llorar otra vez... nomás que entonces fue de gusto...

Durante mucho rato, el Chebo siguió hablando, su voz se iba haciendo queda, se iba apagando... no cesaba de nombrar a ese hijo, de recordar los días en que andaba por los ranchos, con su niño montado en un borrico... los hombres que le cuidaban llegaron a pensar que todo era una mentira ideada en la soledad de su vida.

Se oyó el motor de un coche que rodaba cuesta arriba y se acercaba... la potente luz de los fanales penetró la oscuridad del sitio donde estaba el moribundo. Ya era noche cerrada.

El coche se detuvo y varios señores bajaron de él.

—Antes que ustedes hagan nada, permítanme examinarlo —dijo el médico— posiblemente se pueda hacer algo todavía.

El joven doctor se arrodilló a examinar al herido a la luz de las linternas que los otros llevaban. El Chebo había cesado de hablar, pero al darse cuenta que había llegado gente del pueblo, abrió los ojos. La cara del médico estaba iluminada, muy cerca de la cara del herido. El barillero fijó sus ojos en aquel rostro juvenil y hermoso ensombrecido por la preocupación.

—Doctor... dijo el Chebo— ¿verdad que me estoy muriendo?

—De ningún modo señor... me lo voy a llevar en el coche para curarlo en el pueblo, en mi consultorio.

—Deme la mano doctor...

El Chebo tomó trabajosamente la mano del médico que asombrado, no acertó a resistirse, y lentamente se la llevó a los labios. Con los ojos llenos de lágrimas, el herido besó aquella mano fina deteniéndola largamente en sus labios. El doctor miraba al moribundo presa de una extraña emoción.

—Doctor... que Dios lo bendiga... yo también lo bendigo doctor... yo lo bendigo.

Y el Chebo cerró los ojos para siempre. El médico permaneció arrodillado como si se hubiese olvidado de los que lo rodeaban. Un recuerdo dormido bullía en su mente al mirar la cara de aquel infeliz que lo había bendecido a la vera de un camino. De pronto, dióse cuenta que nada había qué hacer y se incorporó.

—Los espero en el coche señores... ya este hombré está muerto.

Y se alejó apresuradamente para enjugar las lágrimas que habían humedecido sus ojos.

INDICE

	PAGINA
Prólogo	7
Jorge Ferretis:	
HOMBRES QUIMICAMENTE PUROS	15
Profr. Jesús R. Alderete:	
LA MOJINA	29
Jesús Goytortúa:	
ULTIMO SOL	37
Jesús C. Pérez:	
DEL MONTON	51
Lic. Miguel Alvarez Acosta:	
EL RUCIO	61
Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga:	
DE MI DIARIO DE GUERRA (PIE DE ORO)	73

	PAGINA
María Ester Ortuño de Aguiñaga:	
LA LOCURA DE CHABELA	83
Luis Reyes de la Maza:	
RIFA DE ANIMAS	97
María Amparo Dávila de Coronel:	
FRAGMENTOS DEL DIARIO DE UN MASOQUISTA	113
Lic. Jesús Medina Romero:	
EL SACRISTAN	123
Gabriel Echenique:	
EL SECRETERO	129
Profra. Raquel Banda Farfán:	
EL BARILLERO	139

12 Cuentistas Potosinos Contemporáneos.

Se terminó de imprimir este libro el día 12 de enero de 1959, en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria, bajo la dirección de Luis Chessal. Se tiraron 600 ejemplares. Nuestro agradecimiento por su estímulo a los señores Lic. Miguel Alvarez Acosta, Dr. Francisco Padrón Puyou, Universidad Nacional Autónoma de México, Dr. Jesús N. Noyola, Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Miguel Armijo Ramos, Agustín Castillo Arvide, Gabriel Echenique, Dr. Efrén C. del Pozo, Dip. Francisco Martínez de la Vega y Francisco Salazar.



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS
Y CULTURALES
BIBLIOTECA



EL
COLEGIO
DE
SAN LUIS, A.C.